

HORACIO
QUIROGA

COLECCIÓN
depar
enpar

El techo de incienso



ROBERTO
MARIANI

Cuentos de la oficina

(selección)



**HORACIO
QUIROGA**

**El
techo de
incienso**



**ROBERTO
MARIANI**

**Cuentos de
la oficina**

(selección)

**HORACIO
QUIROGA**

COLECCIÓN
**depar
enpar**

El techo de incienso



**ROBERTO
MARIANI**

Cuentos de la oficina

(selección)



Quiroga, Horacio

El techo de incienso. Cuentos de la oficina : selección / Horacio Quiroga ; Roberto Mariani.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2022.

132 p. ; 17 x 11 cm. - (De Par en Par / 2)

ISBN 978-987-728-150-7

1. Literatura. 2. Narrativa. I. Mariani, Roberto. II. Título.
CDD 863

BIBLIOTECA NACIONAL MARIANO MORENO

Dirección: Juan Sasturain

Subdirección: Elsa Rapetti

COLECCIÓN DE PAR EN PAR

Coordinación de Publicaciones: Sebastián Scolnik

Producción y diseño editorial: Departamento de Publicaciones

© 2022, Biblioteca Nacional

Agüero 2502 (C1425EID)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.bn.gob.ar

ISBN: 978-987-728-150-7

IMPRESO EN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

El techo de incienso	9
Horacio Quiroga	
Cuentos de la oficina	31
Roberto Mariani	
Balada de la oficina	31
Santana	35
Riverita	72
Lacarreguy	88
La fuerza de lo involuntario	117
por Sebastián Scolnik	

EL TECHO DE INCIENSO

Horacio Quiroga

(1926)

En los alrededores y dentro de las ruinas de San Ignacio, la subcapital del Imperio Jesuítico, se levanta en Misiones el pueblo actual del mismo nombre. Lo constituyen una serie de ranchos ocultos unos de los otros por el bosque. A la vera de las ruinas, sobre una loma descubierta, se alzan algunas casas de material, blanqueadas hasta la ceguera por la cal y el sol, pero con magnífica vista al atardecer hacia el valle del Yabebirí. Hay en la colonia almacenes, muchos más de los que se pueden desear, al punto de que no es posible ver abierto un camino vecinal, sin que en el acto un alemán, un español o un sirio se instale en el cruce con un boliche. En el espacio de dos manzanas están ubicadas todas las oficinas públicas: comisaría, juzgado de paz, comisión municipal, una escuela mixta. Como nota de color, existe en las mismas ruinas —invadidas por el bosque, como es sabido— un bar, creado en los días de fiebre

de la yerba mate, cuando los capataces que descendían del Alto Paraná hasta Posadas bajaban ansiosos en San Ignacio a parpadear de ternura ante una botella de whisky. Alguna vez he relatado las características de aquel bar, y no volveremos por hoy a él.

Pero en la época a que nos referimos no todas las oficinas públicas estaban instaladas en el pueblo mismo. Entre las ruinas y el puerto nuevo, a media legua de unas y otro, en una magnífica meseta para goce particular de su habitante, vivía Orgaz, el jefe del Registro Civil, y en su misma casa tenía instalada la oficina pública.

La casita de este funcionario era de madera, con techo de tablillas de incienso dispuestas como pizarras. El dispositivo es excelente si se usa de tablillas secas y barreñadas de antemano. Pero cuando Orgaz montó el techo la madera era recién rajada, y el hombre la afirmó a clavo limpio; con lo cual las tejas de incienso se abrieron y arquearon en su extremidad libre hacia arriba, hasta dar un aspecto de erizo al techo del bungalow. Cuando llovía, Orgaz cambiaba ocho a diez veces de lugar su cama, y sus muebles tenían regueros blancuzcos de agua.

Hemos insistido en este detalle de la casa de Orgaz, porque tal techo erizado absorbió durante cuatro años las fuerzas del jefe del Registro Civil, sin darle apenas

tiempo en los días de tregua para sudar a la siesta estirando el alambrado o perderse en el monte por dos días, para aparecer por fin a la luz con la cabeza llena de hojarasca.

Orgaz era un hombre amigo de la naturaleza, que en sus malos momentos hablaba poco y escuchaba en cambio con profunda atención un poco insolente. En el pueblo no se le quería, pero se le respetaba. Pese a la democracia absoluta de Orgaz y a su fraternidad y aun chacotas con los gentiles hombres de yerbas y autoridades —todos ellos en correctos *breeches*—, había siempre una barrera de hielo que los separaba. No podía hallarse en ningún acto de Orgaz el menor asomo de orgullo. Y esto precisamente: orgullo, era lo que se le imputaba.

Algo, sin embargo, había dado lugar a esta impresión.

En los primeros tiempos de su llegada a San Ignacio, cuando Orgaz no era aún funcionario y vivía solo en su meseta construyendo su techo erizado, recibió una invitación del director de la escuela para que visitara el establecimiento. El director, naturalmente, se sentía halagado de hacer los honores de su escuela a un individuo de la cultura de Orgaz.

Orgaz se encaminó allá a la mañana siguiente con su pantalón azul, sus botas y su camisa de lienzo

habitual. Pero lo hizo atravesando el monte, donde halló un lagarto de gran tamaño que quiso conservar vivo, para lo cual le ató una liana al vientre. Salió por fin del monte, e hizo de este modo su entrada en la escuela, ante cuyo portón el director y los maestros lo aguardaban, con una manga partida en dos, y arrastrando a su lagarto de la cola.

También en esos días los burros de Bouix ayudaron a fomentar la opinión que sobre Orgaz se creaba.

Bouix era un francés que durante treinta años vivió en el país considerándolo suyo, y cuyos animales vagaban libres devastando las míseras plantaciones de los vecinos. La ternera menos hábil de las hordas de Bouix era ya bastante astuta para cabecear horas enteras entre los hilos del alambrado, hasta aflojarlos. Entonces no se conocía allá el alambre de púa. Pero cuando se le conoció, quedaron los burritos de Bouix, que se echaban bajo el último alambre, y allí bailaban de costado hasta pasar del otro lado. Nadie se quejaba: Bouix era el juez de Paz de San Ignacio.

Cuando Orgaz llegó allá, Bouix no era más juez. Pero sus burritos lo ignoraban, y proseguían trotando por los caminos al atardecer en busca de una plantación tierna que examinaban por sobre los alambres con los belfos trémulos y las orejas paradas.

Al llegarle su turno de devastación, Orgaz soportó pacientemente; estiró algunos alambres, y se levantó algunas noches a correr desnudo por el rocío a los burritos que entraban hasta en su carpa. Fue, por fin, a quejarse a Bouix, el cual llamó afanoso a todos sus hijos para recomendarles que cuidaran a los burros que iban a molestar al “pobrecito señor Orgaz”. Los burritos continuaron libres y Orgaz tornó un par de veces a ver al francés cazurro, que se lamentó y llamó de nuevo a palmadas a todos sus hijos, con el resultado anterior.

Orgaz puso entonces un letrero en el camino real, que decía:

¡Ojo! Los pastos de este potrero están envenenados.

Y por diez días descansó. Pero a la noche subsiguiente tornaba a oír el pasito sigiloso de los burros que ascendían la meseta, y un poco más tarde oyó el *rac-rac* de las hojas de sus palmeras arrancadas. Orgaz perdió la paciencia y saliendo desnudo, fusiló al primer burro que halló por delante.

Con un muchacho mandó al día siguiente avisar a Bouix que en su casa había amanecido muerto un burro. No fue el mismo Bouix a comprobar el inverosímil suceso, sino su hijo mayor, un hombre tan alto

como trigueño y tan trigueño como sombrío. El hosco muchacho leyó el letrero al pasar el portón y ascendió de mal talante a la meseta, donde Orgaz lo esperaba con las manos en los bolsillos. Sin saludar apenas, el delegado de Bouix se aproximó al burro muerto, y Orgaz hizo lo mismo. El muchachón giró un par de veces alrededor del burro, mirándolo por todos lados.

—De cierto ha muerto anoche —murmuró por fin—. Y de qué puede haber muerto

En mitad del pescuezo, más flagrante que el día mismo, gritaba al sol la enorme herida de bala.

—Quién sabe... Seguramente envenenado —repuso tranquilo Orgaz, sin quitar las manos de los bolsillos.

Pero los burritos desaparecieron para siempre de la chacra de Orgaz.

Durante el primer año de sus funciones como jefe del Registro Civil, todo San Ignacio protestó contra Orgaz, que arrasando con las disposiciones en rigor, había instalado la oficina a media legua del pueblo. Allá, en el bungalow, en una piecita con piso de tierra, muy oscurecida por la galería y por un gran mandarino que interceptaba casi la entrada, los clientes esperaban indefectiblemente diez minutos, pues Orgaz

no estaba o estaba con las manos llenas de bleck. Por fin el funcionario anotaba a escape los datos en un papelito cualquiera, y salía de la oficina antes que su cliente, a trepar de nuevo al techo.

En verdad, no fue otro el principal quehacer de Orgaz durante sus primeros cuatro años de Misiones. En Misiones llueve, puede creerse, hasta poner a prueba dos chapas de cinc superpuestas. Y Orgaz había construido su techo con tablillas empapadas por todo un otoño de diluvio. Las planchas de Orgaz se estiraron literalmente; pero las tablillas del techo sometidas a ese trabajo de sol y humedad levantaron todas sus extremos libres, con el aspecto de erizo que hemos apuntado.

Visto desde abajo, desde las piezas sombrías, el techo aquel de madera oscura ofrecía la particularidad de ser la parte más clara del interior, porque cada tablilla levantada en su extremo ejercía de claraboya. Hallábanse, además, adornado con infinitos redondeles de minio, marcas que Orgaz ponía con caña en las grietas, no por donde goteaba, sino vertía el agua sobre su cama. Pero lo más particular eran los trozos de cuerda con que Orgaz calafateaba su techo, y que ahora, desprendidas y pesadas de alquitrán, pendían inmóviles y reflejaban filetes de luz, como víboras.

Orgaz había probado todo lo posible para remediar su techo. Ensayó cuñas de madera, yeso, portland, cola al bicromato, aserrín alquitranado. En pos de dos años de tanteos en los cuales no alcanzó a conocer, como sus antecesores más remotos, el placer de hallarse de noche al abrigo de la lluvia, Orgaz fijó su atención en el elemento arpillera-bleck. Fue este un verdadero hallazgo, y el hombre reemplazó entonces todos los innobles remiendos de portland y aserrín-maché por su negro cemento.

Cuantas personas iban a la oficina o pasaban en dirección al puerto nuevo, estaban seguras de ver al funcionario sobre el techo. En pos de cada composición, Orgaz esperaba una nueva lluvia, y sin muchas ilusiones entraba a observar su eficacia. Las viejas claraboyas se comportaban bien; pero nuevas grietas se habían abierto, que goteaban —naturalmente— en el nuevo lugar donde Orgaz había puesto su cama.

Y en esta lucha constante entre la pobreza de recurso y un hombre que quería a toda costa conquistar el más viejo ideal de la especie humana: un techo que lo resguarde del agua, fue sorprendido Orgaz por donde más había pecado.

Las horas de oficina de Orgaz eran de siete a once. Ya hemos visto cómo atendía en general sus funciones.

Cuando el jefe de Registro Civil estaba en el monte o entre su mandioca, el muchacho lo llamaba con la turbina de la máquina de matar hormigas. Orgaz ascendía la ladera con la azada al hombro o el machete pendiente de la mano, deseando con toda el alma que hubiera pasado un solo minuto después de las once. Traspasada esta hora, no había modo de que el funcionario atendiera su oficina.

En una de estas ocasiones, mientras Orgaz bajaba del techo del bungalow, el cencerro del portoncito sonó. Orgaz echó una ojeada al reloj: eran las once y cinco minutos. Fue, en consecuencia, tranquilo a lavarse las manos en la piedra de afilar, sin prestar atención al muchacho que le decía:

—Hay gente, patrón.

—Que venga mañana.

—Se lo dije, pero dice que es el inspector de Justicia...

—Esto es otra cosa; que espere un momento —repuso Orgaz; y continuó frotándose con grasa los antebrazos negros de bleck, en tanto que su ceño se fruncía cada vez más.

En efecto, sobrabanle motivos.

Orgaz había solicitado el nombramiento de juez de Paz y jefe del Registro Civil para vivir. No tenía amor alguno a sus funciones, bien que administrara

justicia —sentado en una esquina de la mesa y con una llave inglesa en las manos— con perfecta equidad. Pero el Registro Civil era su pesadilla. Debía llevar al día, y por partida doble, los libros de actas de nacimientos, de defunciones y de matrimonio. La mitad de las veces era arrancado por la turbina de sus tareas de chacra, y la otra mitad se le interrumpía en pleno estudio, sobre el techo, de algún cemento que iba por fin a depararle cama seca cuando llovía. Apuntaba así a escape los datos demográficos en el primer papel que hallaba a mano, y huía de la oficina.

Luego, la tarea inacabable de llamar a los testigos para firmar las actas, pues cada peón ofrecía como tales a gente rarísima que no salía jamás del monte. De aquí, inquietudes que Orgaz solucionó el primer año del mejor modo posible, pero que lo cansaron del todo de sus funciones.

—Estamos lucidos —se decía, mientras concluía de quitarse el bleck y afilaba en el aire, por costumbre—. Si escapo de esta, tengo suerte...

Fue por fin a la oficina oscura, donde el inspector observaba atentamente la mesa en desorden, las dos únicas sillas, el piso de tierra, y alguna media en los tirantes del techo, llevada allá por las ratas.

El hombre no ignoraba quién era Orgaz, y durante un rato ambos charlaron de cosas bien ajenas a la

oficina. Pero cuando el inspector del Registro Civil entró fríamente en funciones, la cosa fue muy distinta.

En aquel tiempo los libros de actas permanecían en las oficinas locales, donde eran inspeccionados cada año. Así por lo menos debía hacerse. Pero en la práctica transcurrían años sin que la inspección se efectuara, y hasta cuatro años, como en el caso de Orgaz. De modo que el inspector cayó sobre veinticuatro libros del Registro Civil, doce de los cuales tenían sus actas sin firmas, y los otros doce estaban totalmente en blanco.

El inspector hojeaba despacio libro tras libro, sin levantar los ojos. Orgaz, sentado en la esquina de la mesa, tampoco decía nada. El visitante no perdonaba una sola página; una por una, iba pasando lentamente las hojas en blanco. Y no había en la pieza otra manifestación de vida —aunque sobrecargada de intención— que el implacable crujido de papel de hilo al voltear, y el vaivén infatigable de la bota de Orgaz.

—Bien —dijo por fin el inspector—. ¿Y las actas correspondientes a estos doce libros en blanco?

Volviéndose a medias, Orgaz cogió una lata de galletitas y la volcó sin decir palabra sobre la mesa, que desbordó de papelitos de todo aspecto y clase, especialmente de estraza, que conservaban huellas de los herbarios de Orgaz. Los papelitos aquellos,

escritos con lápices grasos de marcar madera en el monte —amarillos, azules y rojos—, hacían un bonito efecto, que el funcionario inspector consideró un largo momento. Y después consideró otro momento a Orgaz.

—Muy bien —exclamó—. Es la primera vez que veo libros como estos. Dos años enteros de actas sin firmar. Y el resto en la lata de galletitas. Bien, señor. Nada más me queda por hacer aquí.

Pero ante el aspecto de duro trabajo y las manos lastimadas de Orgaz, reaccionó un tanto.

—¡Magnífico, usted! —le dijo—. No se ha tomado siquiera el trabajo de cambiar cada año la edad de sus dos únicos testigos. Son siempre los mismos en cuatro años y veinticuatro libros de actas. Siempre tienen veinticuatro años el uno, y treinta y seis el otro. Y este carnaval de papelitos... Usted es un funcionario del Estado. El Estado le paga para que desempeñe sus funciones. ¿Es cierto?

—Es cierto —repuso Orgaz.

—Bien. Por la centésima parte de esto, usted merecía no quedar un día más en su oficina. Pero no quiero proceder. Le doy tres días de tiempo —agregó mirando el reloj—. De aquí a tres días estoy en Posadas y duermo a bordo a las once. Le doy tiempo hasta las diez de la noche del sábado para

que me lleve los libros en forma. En caso contrario, procedo. ¿Entendido?

—Perfectamente —contestó Orgaz.

Y acompañó hasta el portón a su visitante, que lo saludó desabridamente al partir al galope.

Orgaz ascendió sin prisa el pedregullo volcánico que rodaba bajo sus pies. Negra, más negra que las placas de bleck de su techo caldeado, era la tarea que lo esperaba. Calculó mentalmente, a tantos minutos por acta, el tiempo de que disponía para salvar su puesto, y con él la libertad de proseguir sus problemas hidrófugos. No tenía Orgaz otros recursos que los que el Estado le suministraba por llevar al día sus libros del Registro Civil. Debía, pues, conquistar la buena voluntad del Estado, que acababa de suspender de un finísimo hilo su empleo.

En consecuencia, Orgaz concluyó de desterrar de sus manos con tabatinga todo rastro de alquitrán, y se sentó a la mesa a llenar doce grandes libros del Registro Civil. Solo, jamás hubiera llevado a cabo su tarea en el tiempo emplazado. Pero su muchacho lo ayudó, dictándole.

Era este un chico polaco, de doce años, pelirrojo y todo él anaranjado de pecas. Tenía las pestañas tan rubias que ni de perfil se le notaban, y llevaba siempre la gorra sobre los ojos, porque la luz le dañaba

la vista. Prestaba sus servicios a Orgaz y le cocinaba siempre un mismo plato que su patrón y él comían juntos bajo el mandarino.

Pero en esos tres días, el horno de ensayo de Orgaz, y que el polaquito usaba de cocina, no funcionó. La madre del muchacho quedó encargada de traer todas las mañanas a la meseta mandioca asada.

Frente a frente en la oficina oscura y caldeada como una barbacuá, Orgaz y su secretario trabajaron sin moverse, el jefe desnudo desde la cintura arriba, y su ayudante con la gorra sobre la nariz, aun allá adentro. Durante tres días no se oyó sino la voz cantante de escuelero del polaquito, y el bajo con que Orgaz afirmaba las últimas palabras. De vez en cuando comían galleta o mandioca, sin interrumpir su tarea. Así hasta la caída de la tarde. Y cuando por fin Orgaz se arrastraba costeano los bambúes a bañarse, sus dos manos en la cintura o levantadas en alto hablaban muy claro de su fatiga.

El viento norte soplaba esos días sin tregua; inmediato al techo de la oficina, el aire ondulaba de calor. Era, sin embargo, aquella pieza de tierra el único rincón sombrío de la meseta; y desde adentro los escribientes veían por bajo el mandarino reverberar un cuadrilátero de arena que vibraba al blanco y parecía zumbiar con la siesta entera.

Tras el baño de Orgaz, la tarea recomenzaba de noche. Llevaban la mesa afuera, bajo la atmósfera quieta y sofocante. Entre las palmeras de la meseta, tan rígidas y negras que alcanzaban a recortarse contra las tinieblas, los escribientes proseguían llenando las hojas del Registro Civil a la luz del farol de viento, entre un nimbo de mariposillas de raso polícromo, que caían en enjambres al pie del farol e irradiaban en tropel sobre las hojas en blanco. Con lo cual la tarea se volvía más pesada, pues si dichas mariposillas vestidas de baile son lo más bello que ofrece Misiones en una noche de asfixia, nada hay también más tenaz que el avance de esas damitas de seda contra la pluma de un hombre que ya no puede sostenerla —ni soltarla—.

Orgaz durmió cuatro horas en los últimos dos días, y la última noche no durmió, solo en la meseta con sus palmeras, su farol de viento y sus mariposas. El cielo estaba tan cargado y bajo que Orgaz lo sentía comenzar desde su misma frente. A altas horas, sin embargo, creyó oír a través del silencio un rumor profundo y lejano, el tronar de la lluvia sobre el monte. Esa tarde, en efecto, había visto muy oscuro el horizonte del sudeste.

—Con tal que el Yabebirí no haga de las suyas...
—se dijo, mirando a través de las tinieblas.

El alba apuntó por fin, salió el sol, y Orgaz volvió

a la oficina con su farol de viento que olvidó prendido en un rincón e iluminaba el piso. Continuaba escribiendo, solo. Y cuando a las diez el polaquito despertó por fin de su fatiga, tuvo aún tiempo de ayudar a su patrón, que a las dos de la tarde, con la cara grasienta y de color tierra, tiró la pluma y se echó literalmente sobre los brazos —en cuya posición quedó largo rato tan inmóvil que no se le veía respirar—.

Había concluido. Después de sesenta y tres horas, una tras otra, ante el cuadrilátero de arena caldeada al blanco o en la mesa lóbrega, sus veinticuatro libros del Registro Civil quedaban en forma. Pero había perdido la lancha a Posadas que salía a la una y no le quedaba ahora otro recurso que ir hasta allá a caballo.

Orgaz observó el tiempo mientras ensillaba su animal. El cielo estaba blanco, y el sol, aunque velado por los vapores, quemaba como fuego. Desde las sierras escalonadas del Paraguay, desde la cuenca fluvial del sudeste, llegaba una impresión de humedad, de selva mojada y caliente. Pero mientras en todos los confines del horizonte los golpes de agua lívida rayaban el cielo, San Ignacio continuaba calcinándose ahogado.

Bajo tal tiempo, pues, Orgaz trotó y galopó cuanto pudo en dirección a Posadas. Descendió la loma del

cementerio nuevo y entró en el valle de Yabebirí, ante cuyo río tuvo la primera sorpresa mientras esperaba la balsa: una fimbria de palitos burbujeantes se adhería a la playa.

—Creciendo —dijo al viajero el hombre de la balsa—. Llovió grande este día y anoche por las nacientes...

—¿Y más abajo? —preguntó Orgaz.

—Llovió grande también.

Orgaz no se había equivocado, pues, al oír la noche anterior el tronido de la lluvia sobre el bosque lejano. Intranquilo ahora por el paso del Garupá, cuyas crecidas súbitas solo pueden compararse con las del Yabebirí, Orgaz ascendió al galope las faldas de Loreto, destrozando en sus pedregales de basalto los cascos de su caballo. Desde la altiplanicie que tendía ante su vista un inmenso país, vio todo el sector de cielo, desde el este hasta el sur, hinchado de agua azul, y el bosque, ahogado de lluvia, diluido tras la blanca humareda de vapores. No había ya sol, y una imperceptible brisa se infiltraba por momentos en la calma asfixiante. Se sentía el contacto del agua, el diluvio subsiguiente a las grandes sequías. Y Orgaz pasó al galope por Santa Ana y llegó a Candelarias.

Tuvo allí la segunda sorpresa, si bien prevista: el Garupá bajaba cargado con cuatro días de temporal y

no daba paso. Ni vado ni balsa; solo basura fermentada ondulando entre las pajas, y en el canal, palos y agua estirada a toda velocidad.

¿Qué hacer? Eran las cinco de la tarde. Otras cinco horas más, y el inspector subía a dormir a bordo. No quedaba a Orgaz otro recurso que alcanzar el Paraná y meter los pies en la primera guabiroba que hallara embicada en la playa.

Fue lo que hizo; y cuando la tarde comenzaba a oscurecer bajo la mayor amenaza de tempestad que haya ofrecido cielo alguno, Orgaz descendía del Paraná en una canoa tronchada en su tercio, rematada con una lata, y por cuyos agujeros el agua entraba en bigotes.

Durante un rato el dueño de la canoa paleó perezosamente por el medio del río, pero como llevaba caña adquirida con el anticipo de Orgaz, pronto prefirió filosofar a medias palabras con una y otra costa. Por lo cual Orgaz se apoderó de la pala, a tiempo que un brusco golpe de viento fresco, casi invernal, erizaba como un rallador todo el río. La lluvia llegaba, no se veía ya la costa argentina. Y con las primeras gotas macizas, Orgaz pensó en sus libros, apenas resguardados por la tela de la maleta. Quitose el saco y la camisa, cubrió con ellos sus libros y empuñó el remo de proa. El indio trabajaba

también, inquieto ante la tormenta. Y bajo el diluvio que cribaba el agua, los dos individuos sostuvieron la canoa en el canal, remando vigorosamente, con el horizonte a veinte metros y encerrados en un círculo blanco.

El viaje por el canal favorecía la marcha, y Orgaz se mantuvo en él cuanto pudo. Pero el viento arreciaba; y el Paraná, que entre Candelaria y Posadas se ensancha como un mar, se encrespaba en grandes olas locas. Orgaz se había sentado sobre los libros para salvarlos del agua que rompía contra la lata e inundaba la canoa. No pudo, sin embargo, sostenerse más, y a trueque de llegar tarde a Posadas, enfiló hacia la costa. Y si la canoa cargada de agua y cogida de costado por las olas no se hundió en el trayecto, se debe que a veces pasan estas inexplicables cosas.

La lluvia proseguía cerradísima. Los dos hombres salieron de la canoa chorreando agua y como enflaquecidos, y al trepar la barranca vieron una lívida sombra a corta distancia. El ceño de Orgaz se distendió, y con el corazón puesto en sus libros que salvaba así milagrosamente, corrió a guarecerse allá.

Se hallaba en un viejo galpón de secar ladrillos. Orgaz se sentó en una piedra entre la ceniza, mientras a la entrada misma, en cuclillas y con la cara entre

las manos, el indio de la canoa esperaba tranquilo el final de la lluvia que tronaba sobre el techo de cinc, y parecía precipitar cada vez más su ritmo hasta un rugido de vértigo.

Orgaz miraba también afuera. ¡Qué interminable día! Tenía la sensación de que hacía un mes que había salido de San Ignacio. El Yabebirí creciendo... la mandioca asada... la noche que pasó solo escribiendo... el cuadrilátero blanco durante doce horas...

Lejos, lejano le parecía todo eso. Estaba empapado y le dolía atrocemente la cintura; pero esto no era nada en comparación del sueño. ¡Si pudiera dormir, dormir un instante siquiera! Ni aun esto, aunque hubiera podido hacerlo, porque la ceniza saltaba de piques. Orgaz volcó el agua de las botas y se calzó de nuevo, yendo a observar el tiempo.

Bruscamente la lluvia había cesado. El crepúsculo calmo se ahogaba de humedad y Orgaz no podía engañarse ante aquella efímera tregua que al avanzar la noche se resolvería en nuevo diluvio. Decidió aprovecharla y emprendió la marcha a pie.

En seis o siete kilómetros calculaba la distancia a Posadas. En tiempo normal, aquello hubiera sido un juego; pero en la arcilla empapada las botas de un hombre exhausto resbalan sin avanzar y aquellos siete kilómetros los cumplió Orgaz teniendo de la

cintura abajo las tinieblas más densas, y más arriba, el resplandor de los focos eléctricos de Posadas.

Sufrimiento, tormento de falta de sueño zumbándole dentro de la cabeza, que parece abrirse por varios lados; cansancio extremo y demás, sobrabanle a Orgaz. Pero lo que lo dominaba era el contento de sí mismo. Cerníase por encima de todo la satisfacción de haberse rehabilitado, así fuera ante un inspector de Justicia. Orgaz no había nacido para ser funcionario público, ni lo era casi, según hemos visto. Pero sentía en el corazón el dulce calor que conforta a un hombre cuando ha trabajado duramente por cumplir un simple deber, y prosiguió avanzando cuadra tras cuadra, hasta ver la luz de los arcos, pero ya no reflejada en el cielo, sino entre los mismos carbones, que lo enceguecían.

El reloj del hotel daba diez campanadas cuando el inspector de Justicia, que cerraba su valija, vio entrar a un hombre lívido, embarrado hasta la cabeza y con las señales más acabadas de caer, si dejaba de adherirse al marco de la puerta.

Durante un rato el inspector quedó mudo mirando al individuo. Pero cuando este logró avanzar y puso los libros sobre la mesa, reconoció entonces a Orgaz,

aunque sin explicarse poco ni mucho su presencia en tal estado y a tal hora.

—¿Y esto? —preguntó, indicando los libros.

—Como usted me los pidió —dijo Orgaz—. Están en forma.

El inspector miró a Orgaz, consideró un momento su aspecto, y recordando entonces el incidente en la oficina de aquel, se echó a reír muy cordialmente, mientras le palmeaba el hombro:

—¡Pero si yo le dije que me los trajera por decirle algo, nada más! ¡Había sido zonzo, amigo! ¡Para qué se tomó todo ese trabajo!

Un mediodía de fuego estábamos con Orgaz sobre el techo de su casa; y mientras aquel introducía entre las tablillas de incienso pesados rollos de arpillera y bleck, me contó esta historia.

No hizo comentario alguno al concluirla. Con los nuevos años transcurridos desde entonces, yo ignoro qué había en aquel momento en las páginas de su Registro Civil, y en su lata de galletitas. Pero en pos de la satisfacción ofrecida aquella noche a Orgaz, no hubiera yo querido por nada ser el inspector de esos libros.

CUENTOS DE LA OFICINA

(SELECCIÓN)

Roberto Mariani

(1925)

BALADA DE LA OFICINA

Entra. No repares en el sol que dejas en la calle. El sol está caído en la calle como una blanca mancha de cal. Está lamiendo ahora nuestra vereda; esta tarde se irá enfrente. Entra. No repares en el sol. Tienes el domingo para bebértelo todo y golosamente, como un vaso de rubia cerveza en una tarde de calor. Hoy, deja el perezoso y contemplativo sol en la calle. Tú, entra. El sol no es serio. Entra. En la calle también está el viento. El viento que corre jugando con fantasmas. Fantasma él también, pues no se ve con los ojos de la cara, y se le siente. El viento está jugando; ya corriendo una loca carrera por en medio de la calle; ya golpeándose las sienes contra las paredes de las casas;

ya deshilándose en las copas de los árboles... f... f... f... f... El viento es juguetón como un recental; esto no es serio. Tú, entra.

Deja en la calle sol, viento, movimiento loco; tú, entra.

¿Qué podrías hacer en la calle? ¿No tienes vergüenza, estúpido sentimental, regodearte con el sol como un anciano blanco, y esqueletoso, y centenario? ¿No te humillas, en tu actual situación de muchacho fornido, al dejarte forrar por el viento como una hoja dentro de un remolino?

¡Y la lluvia! No te avergonzaré recordándote que los otros días estuviste tres horas, ¡tres horas!, contemplando, tras la vidriera del café, caer y caer y caer, monótonamente, estúpidamente, una larga, monótona y estúpida lluvia. Entra, entra.

Entra; penetra en mi vientre, que no es oscuro, porque, ¡mira cuántos Osram flechan sus luminosos ojos de azufre encendido como pupilas de gata! Penetra en mi carne, y estarás resguardado contra el sol que quema, el viento que golpea, la lluvia que moja y el frío que enferma.

Entra; así tendrás la certeza —que dará paz a tu espíritu— de obtener todos los días pan para tu boca y para la boca de tus pequeñuelos. ¡Tus pequeñuelos, tus hijos, los hijos de tu carne y de tu alma y de la

carne y del alma de la compañera que hace contigo el camino! Yo te daré para ellos pan y leche; no temas; mientras tú estés en mi seno y no desgarras las prescripciones que tú sabes, jamás faltará a tus pequeñuelos, ¡los pobres!, ni pan, ni leche, para sus ávidas bocas. Entra; acuérdate de ellos; entra.

Además, cumplirás con tu deber. Tu Deber. ¿Entiendes? El trabajo no deshonra, sino que ennoblece. La Vida es un Deber. El hombre ha nacido para trabajar.

Entra; urge trabajar. La vida moderna es complicada como una madeja con la que estuvo jugando un gato joven. Entra; siempre hay trabajo aquí.

No te aburrirás; al contrario, encontrarás con qué matizar tu vida. (Además de que es un Deber). Entra. Siéntate. Trabaja. Son cuatro horas apenas. Cuatro horas. Pero, eso sí; nada de engañifas ni simulaciones ni sofisticaciones. ¡A trabajar! Si tu labor es limpia, exacta y voluntariosa —voluntariosa sobre todo—, los jefes te felicitarán. Tú estás sano; puedes resistir estas cuatro horas. ¿Has visto cómo las has resistido? Ahora vete a almorzar. Y vuelve a hora cabal, exacta, precisa, matemática. ¡Cuidado! Porque si todos se atrasaran, se derrumbaría la disciplina, y sin disciplina no puede existir nada serio. Otras cuatro horas al día. Nadie se muere trabajando ocho horas diarias. Tú mismo, dime: ¿no has estado remando el domingo

once o doce horas, cansando tus músculos en una labor con el agua que me abstengo de calificar por el ningún rendimiento que se obtiene? ¿Ves tú? ¡Y con inminente peligro de ahogarte! Yo solo te exijo ocho horas. Y te pago; te visto; te doy de comer. ¡No me lo agradezcas! Yo soy así.

Ahora vete contento. Has cumplido con tu deber. Ve a tu casa. No te detengas en el camino. Hay que ser serio, honesto, sin vicios. Y vuelve mañana, y todos los días, durante 25 años; durante los 9125 días que llegas a mí, yo te abriré mi seno de madre; después, si no te has muerto tísico, te daré la jubilación.

Entonces, gozarás del sol, y al día siguiente te morirás. ¡Pero has cumplido con tu Deber!

SANTANA

Martes

—¿A ver?

—¿Cómo fue?

—¿Dónde?

—¡Cinco mil...!

—¿Con Sánchez Ferreyra?

—¡Confundió con Santos Ferrería!

Durante toda la tarde, la mesa de Santana fue el remate de sucesivas visitas. Ya estaba Santana con un empleado de Útiles o con un empleado de Propaganda; o ya había en la mesa de Cuentas Corrientes hasta tres o cuatro compañeros que venían a conocer el suceso en sus pormenores.

Todos, uno tras otro, leían en el Mayor de Cuentas Corrientes y en el Memorial Diario el estado y el movimiento de las dos cuentas: Concepción Ferreyra y Santos Ferrería.

Santana explicaba, y explicaba siempre del mismo modo; y hasta al cabo repetía frases enteras y empezaba con las mismas palabras y se detenía en la misma parte.

—La señorita Concepción Sánchez Ferreyra vino a pedirme el estado de su cuenta. Yo se lo di. Se lo

escribí en un papel de cuentas como este. Recuerdo que era un pedazo esquinero. Escribí: Saldo débito \$ 4966,50 m|n. Dijo que iba a cubrir pronto.

—¿Cuándo fue eso?

Santana llevaba su dedo anular derecho manchado de tinta y lo colocaba en la correspondiente línea del Mayor de Cuentas Corrientes.

El empleado leía: el 12 de enero. Santana contestaba:

—El doce de enero.

—¿Y cubrió enseguida?

Esta pregunta procuraba resolverla el propio empleado, leyendo en el libro: enero 17.

Santana contestaba:

—El diecisiete de enero.

Suspendía Santana su cronológica relación del hecho para responder a todas las preguntas que le dirigían. Quería explicar con toda claridad cómo fue, con claridad, con verdad, a todos, sin mentir nada, sin ocultar nada, sin alegar excusas —cansancio, olvido—; reconocía su falta, su error, su culpa. Tenía un empeño raro en convencerlos de que el error fue por fatalidad, y que no hubo de su parte malicia ni interés. ¡De ningún modo! Fue una desgracia. Explicaba el caso con palabras húmedas y modos humildes, como rogando perdón y lástima. Sentía la necesidad de la lástima de los empleados;

necesitaba que todos se apiadasen de él con un gesto o con una palabra.

Era humilde, obediente, callado, débil, miedoso. Ahora sufría tanto por la comisión de la falta como por haber él precisamente adquirido súbita importancia; él, cuyo natural era retraído y apartado y tendía a vivir en silencio, en rincón, en soledad, fuera de la atención y ajeno a todos.

Se sentía débil, incapaz de aguantar solo la responsabilidad de su equivocada acción, y buscaba apoyarse en la solidaria lamentación o piedad de sus compañeros.

—Cubrió a los cinco días. Es decir: a los cinco días, el diecisiete de enero, mandó cubrir con un cheque de cinco mil pesos, de modo que cubría y entraba en crédito con treinta y tres pesos cincuenta...

—¡Ah, sí! ¡Ahí está! ¡Y usted, esos cinco mil pesos, en vez de acreditarlos a esta Concepción Sánchez Ferreyra, se los acreditó al doctor Santos Ferrería! De modo que, claro, resultaba que este doctor aparecía con un saldo aumentado en cinco mil pesos, ¡mientras que la mujer esa continuaba en débito con cuatro mil novecientos y pico!

—Eso es; si yo hubiese acreditado el cheque de la señorita Sánchez Ferreyra a su cuenta, ella habría saldado y entrado en crédito. Pero yo me confundí

de nombres y lo acreditó al doctor Santos Ferrería, de modo que la señorita, en los libros, siguió en débito...

La historia estaba escrita, registrada, en el folio 95.

El cheque B. N. 131.423, de 5000 pesos, era para la cuenta "Concepción Sánchez Ferreyra", y fue acreditado por error a la cuenta "Doctor Santos Ferrería". Habría podido enmendarse este error si el doctor Santos Ferrería no hubiese girado, gastado, después, hasta cinco mil pesos, que se les debitaron de su cuenta donde aparecía equivocadamente con 5300.

Romeu comentó:

—Pero debía saber el doctor ese, ¡caramba!, que no tenía esos cinco mil pesos en su cuenta. ¡Es mucha plata cinco mil pesos para no saber uno si los tiene o no los tiene!

—No sé... No sé... Compró justamente por cinco mil pesos... Yo no sé cómo no sospechó que no tenía ese saldo él... Yo no sé...

—¿Le hablaron por teléfono? ¿Alguna vez fue a su casa?

—Para mayor desgracia, no está en Buenos Aires. La sirvienta dijo que se había ido el jueves a Necochea.

—¿Y el error se descubrió hoy?

—Hoy, sí, hoy. Esta mañana. Cuando vino la señorita Sánchez Ferreyra. Hizo compras. Cuando yo iba a anotarle a su cuenta el débito de su compra

de hoy, vi que no podía girar, y se lo dije al señor González. “¿Está usted seguro?”, me dijo el señor González. “Sí, señor; ahí están los mayores si quiere verlos”, le contesté. Entonces el señor González fue a decirle a la clienta que... en fin... que no podía girar... y la mujer se puso furiosa...

¡Pobre Santana! ¡Tan poquita cosa, siempre, tan apenas advertido, tan poco presente...! ¿Cuánto tiempo hace que está en la Casa? ¿Y desde cuándo está en Cuentas Corrientes? ¡Tanto tiempo... tantos años...! ¡Toda su vida...!

El cuñado de Santana —que está en Expedición— subió a verle, a oírle. Santana vuelve a desgarrar su voz para referir —¡otra vez!— el suceso.

—¿Qué irían a hacer conmigo? ¿Me echarán?

—¡Siempre el mismo, vos! —remató el cuñado, que, conocedor del carácter mínimo y tembloroso de Santana, se alejó sin probar consolarlo, convencido, acaso, de que sería inútil todo empeño para evitar en Santana la tortura y las preocupaciones.

Pero los empleados, con el pasar de las horas, fueron disminuyendo su aporte de lástima y compañía a Santana. Este iba necesitando continuamente renovadas palabras de consuelo, de solidaridad; y palabras cada vez más seguras, firmes, enérgicas, afirmativas, hasta groseras:

—¡No piense en eso, Santana! ¡Se va a arreglar!

—¡Cómo lo van a echar, hombre!

—¡El doctor Ferrería no se va a ensuciar por esa porquería!

—Pero, ¿qué quiere que suceda? Nada, pues...

—¡Si todo termina bien, hombre! ¡No se asuste!

—Vea, che: no sea zonzo. No exagere.

Varias veces se aproximaron al libro de Santana: el señor González, el subcontador y alguno que otro jefe. Miraban, leían, confrontaban, controlaban; hacían algún gesto nervioso, para adentro, y se retiraban.

—Hágase cargo de Sucursales, con Cornejo.

Santana era relevado de Cuentas Corrientes; lo reemplazaba Acuña, que había estado allí hacía dos años. Esta orden del señor González, este traslado a Sucursales, era un anticipo punitivo de otros castigos más fuertes, sin duda alguna. ¿Lo echarían, al fin? Así se atormentaba Santana.

Entregó la mesa a Acuña y se presentó a Cornejo.

Instantes después fue llamado al despacho del señor González, con quien estuvo más de una hora. Al subir, al volver a Contaduría, a su nueva mesa de Sucursales, fue acribillado a preguntas. Él quería satisfacer la unánime e impaciente curiosidad.

—Nada... nada... Me pegó una felpiada... Me dijo... ¿qué sé yo!... Yo le decía que sí... ¿Qué iba a hacer? ¿A embarrar más las cosas?

—¿Pero qué le dijo?

—Como él había revisado y autorizado la operación del error, me reprochó que le hiciera firmar un asiento mal hecho. Y me dijo que a él le tocaba una parte de la culpa y que eso también a él podía costarle el empleo si los directores creían que él había firmado y autorizado mi asiento sin controlar la operación...

—¿El señor González punteó y autorizó el asiento?

—¡Pero si el mismo que asienta no puede puntear ni autorizar, ni el que puntea puede autorizar! ¡Tiene que haber en todo asiento uno que asienta, otro que puntea y otro que autoriza!

—¡Doble falta del señor González! Entonces: ¡punteó mal y autorizó habiendo punteado!

—No; no punteó mal; punteó bien, que en este libro puntear es revisar operaciones, solamente; lo otro es controlar... —gime Santana.

—¿Quién controló?

—Nadie...

—¿Cómo?

—Se tomó la media firma del señor González, que correspondía al punteo, como punteo y control.

—¡Pero entonces aquí el barro lo hizo el señor González!

—No, no; yo hice mal el asiento —se lamentaba Santana.

Pasaban las horas.

Los gerentes supieron lo sucedido, pero nada resolvieron al respecto. El señor González había enviado un telegrama al doctor Santos Ferrería. Necochea. Acaso mañana llegaría una respuesta.

Las seis y media de la tarde.

—¿Se cerró?

Los empleados, todos, apresuraban su labor.

—¿Cerraron?

Abajo, se cerraron las puertas de calle. En Contaduría, los empleados iban cerrando su diaria labor. Alguno ya cepillaba su ropa. Otro sacaba del cajón un paño rectangular, se inclinaba hasta doblarse el cuerpo como un cortaplumas abierto y descubría el fácil y pálido lustre de los zapatos.

Adiós. Hasta mañana. Adiós. Se iban, los empleados, unos tras otros. Las ocho. Permanecía aún Santana en Contaduría, conversando con Javier, el ordenanza. Tenía el sombrero en la mano; o lo ponía sobre la mesa; o lo volvía a coger. Pero él no se decidía a irse. Escuchaba las palabras de resignación de Javier.

Comprendió que ya debía irse; ahora sí que debía irse; era ya muy tarde y solo él continuaba en la sala.

Resolvió irse. O mejor: la hora avanzada le empujaba fuera de la sala. Se dirigió al despacho del señor

González; tímidamente, se atrevió sin embargo a detenerse en la puerta.

—¿Me retiro, señor González?

—Sí, váyase nomás, pues. Hasta mañana.

Mezcla indefinida de decepción y esperanza en Santana; quería hablar, él, mucho tiempo, horas enteras, hablar, hablar del asunto, hasta agotarlo, hasta agotarse, hasta decir todo diciendo todo en todos los modos; hasta dormirse sobre el comento del asunto... Tan fuerte era esta necesidad que se oyó a sí mismo diciendo:

—Y... este... ¿Usted qué opina, señor González?...

—Y tembló de su propio coraje.

El jefe levantó la vista, un tanto asombrado, y miró al tembloroso empleado, que se había puesto colorado y ardiente como un incendio en los cielos.

—¿Eh? ¿Qué quiere que le diga? Mañana veremos, amigo, mañana... Hasta mañana...

—Hasta mañana, señor González...

Salió de Contaduría. Fue el último en salir de Contaduría. Todavía en la sala de los relojes, Santana tuvo que explicar su error al viejo Aquini, que le oía atentamente teniendo una mano adosada como una hoja curvada a la oreja derecha. Este repetía: “¡Qué cosa... qué cosa... qué fatalidad... tan luego!...”.

Santana salió a la calle. “Clave su número, Santana”. Retrocedió a su reloj. Clac: el 35 del H. Salió a la calle. Solo. Era noche, ya. Gentes apresuradas. Luces. En la amplia intersección de calles, los autos iban tejiendo una ilusoria tela de araña. Bocinas. Ruidos. “La Razón”. Bocinas. “Crítica”. Bocinas. Luz chillona, pintarrajeada, que invita a la lectura del reclamo comercial, que chista al transeúnte o lo coge de las pestañas y le grita el nombre del mejor jabón... ¡Trac!!!... las vidrieras de los negocios bajaban sonoramente su acanalado párpado metálico y cerraban su ojo. Santana caminaba. Se detenía. Ausentábase de sí mismo. O se sentía dolorosamente presente y vivo y exageradamente sensible como una herida abierta. Víctima, castigado, agonizando. ¡Cinco mil pesos! ¡Era desgracia la que le cayera! ¡Qué había hecho? ¡Oh, qué hizo! ¡Cinco mil pesos! ¡Y él, él precisamente, cometer ese error! ¡Después de catorce años de labor escondida, he aquí un día de estruendo y desorden, y helo aquí a él, principal y único actor de la tragedia y punto de atención unánime! ¡Él, cuyo destino era irse escondiendo y dejar pasar, helo aquí causa de una explosión y ubicado en el centro de la escena, y solo, frente a una multitud de espectadores cuya curiosidad le daba miedo!... Todo por un error. ¡Cometer él un error! ¡Un error

tan peligroso! ¡Después de catorce años!... ¡Ponía tanto cuidado, tanta atención, tanto miedo en su diaria labor!... Era bastante lento, pero era exacto, como un reloj de precisión. Lo único que nunca obtuvo, lo único que nunca quería alcanzar: rapidez. No, no; despacio; cuidado; atención; otra vez; y otra, aunque perdiese la tarde, pero hasta asegurarse de modo integral y absoluto de cada anotación; y no se equivocaba. Nunca un error; nunca nada oscuro, nada desordenado; todo limpio, claro, exacto; como contabilidad en relieve, sensible al tacto casi. En Cuentas Corrientes Santana había llegado a ser irremplazable; era el hombre único para la función; era la función misma; era él Cuentas Corrientes; era en esa mesa la función, el principio ideal, el archivo. Hacía siete años que llevaba esos libros de Cuentas Corrientes. Siete años. Un día tras otro, siete años. Una operación tras otra, todas las operaciones de siete años. Siete años viendo las compras y pagos y créditos y modos y firmas y gustos de tantos clientes, en su casi totalidad los mismos desde hacía siete años. Encaneció allí, sobre los libretes de Cuentas Corrientes. Se impregnó de la función de los libros hasta la compenetración total. Hasta necesitar apenas de los libros. Otros no los necesitaba ya; su contenido lo había trasladado a su memoria, o a su retina. Por

ejemplo: las firmas. Conocía las firmas de todos los clientes. De todos. Todas las firmas. Escasas veces iba a comprobar una firma de cheque o de boleta en el Registro de Firmas. ¿Para qué? El registro de firmas lo tenía absorbido en la retina. Tenía en su retina impresas todas las firmas. Sí; ahora mismo, sí señor, ¡ahí está! Cierra los ojos y ve lo más bien, escrita en papel, la firma de quien quiera.

Por ejemplo: Gómez Esnal, Adolfo Gómez Esnal. La firma de Gómez Esnal es así:



eso es; la ve; la ve nítidamente, en sus pormenores. Podría poner la mano en el...

—... *Adiós, Santana...*

... fuego por la autenticidad de cada firma, sin ver el registro. Y se atrevía a más, todavía. A veces una firma difería en algún pormenor de la firma registrada; ya sea un arco de rúbrica, o una mayúscula equívoca, o un trazo de letra cargado o débil, o la letra final unida o desunida, o ese puntito curioso, o donde el secante se corrió... o... ¡Pero si ese cliente no baja tanto ni tan cargado el trazo final de la rúbrica! Y

él, ¡no importa!; cuando porfiaba la autenticidad de una firma, el otro auxiliar de la mesa, o quien quiera que fuese, aceptaba. Él no podía engañarse. Cierto que no era la firma exactamente, minuciosamente, idéntica, fotográfica, pero era la auténtica; y tenía razón él; y explicaba así: es que el cliente firmó aquí muy apuradamente, pero la firma es suya; es que usó aquí pluma de punta fina, pero la firma es suya; es que aquí firmó sobre cosa dura, madera o fierro, pero la firma es suya; es que firmó sobre algo así como cuero, por eso sale la firma como granulada, pero la firma es suya; es que aquí firmó tranquilamente y levantó en la *r* la pluma para cargarla de tinta, pero la firma es suya; es que aquí debe haber estado nervioso... pero la firma es suya; es que aquí... Eso es: nadie podía engañarle a él en las firmas; a él no le pasaba una falsificación de firma. ¿Cómo entonces el terrible error de hoy? ¡No fue cuestión de firmas, de falsificación de firma! Fue algo estúpido, fue algo verdaderamente estúpido: confundió una cuenta con otra... ¡También! ¿Quién no tiene en su vida una confusión? Santos Ferrería, Sánchez Ferreyra... ¿Pero cómo demonios se equivocó, se confundió, tomó a uno por el otro? ¿Fue al mirar la firma del cheque? ¿Fue al abrir el libro? ¿Fue al leer la cabeza del folio? Al mirar la firma no se equivocaba nunca.

Mentalmente, repetía el nombre enseguida de ver la firma; veía la firma de Juan Eguzquiza, por ejemplo, y repetía mentalmente el nombre de Juan Eguzquiza; y si no repetía ese nombre sino otro, sentía un choque, una violencia rara; “esto no puede ser, hay algo”, y aclaraba todo y llegaba al conocimiento exacto, fiel. De modo que la firma del cheque la vio exactamente bien: “Sánchez Ferreyra”. Vio la firma: “Sánchez Ferreyra”. Comprendió: “Sánchez Ferreyra”. No sintió nada extraño, nada insólito. Dijo mentalmente: “Sánchez Ferreyra”. En efecto, todo esto sucedió así. Enseguida de conocer la firma, añadía el número del folio. El número del folio donde estaba la cuenta del cliente. Después de “decir” el nombre de la firma, “decía” el número del folio, que era el imprescindible complemento. Sánchez Ferreyra, folio 93. No se equivocó en el número del folio. Hace muchos años que, inmediatamente después de decir “Sánchez Ferreyra”, dice “folio 93”. No, no se equivocó por este lado. Había que acreditar 5000 pesos a Concepción Sánchez Ferreyra, folio 93, y... abrió el Mayor en la página... 95... folio 95... correspondiente al cliente Santos Ferrería... Eso es... ¡Aquí está, aquí está todo! ¡Aquí fue donde se confundió! ¡Y regaló cinco mil pesos al folio 95 en vez de cargarlos en el folio 93! Sí, aquí fue donde

se equivocó. ¡De no haberse tenido tanta confianza! ¿Por qué no usaba el índice de folios y cuentas? ¡Oh, mejor hubiera sido no haberse tenido tanta seguridad, estando así obligado a consultar el índice...! Pero si más seguro no podía ser... ¡García Lacasa, folio 63; Juan José Castillo, folio 18; Luis Acuña Irigoyen, folio 71; Jacinto Anchorena, folio 37; Juan Adolfo Ferrer, folio 89; Concepción Sánchez Ferreyra, folio 93; Santos Ferrería, folio 95!... ¡Qué desgracias tiene uno! Pero este doctor, ¿cómo es que hizo un gasto de precisamente cinco mil pesos, cuando debía saber muy bien que solo tenía trescientos pesos? ¿No será uno de esos abogados muertos de hambre, sin pleitos, podridos en deudas, qué...? ¡Ah, entonces sí que no habrá esperanzas de que arregle eso, cubriendo en efectivo el gasto hecho!... Pero también puede ser que sea un abogado... rico o decente, que gane su dinero con pleitos o en negocios; o sea rico y no ejerza... Sí, es rico y no ejerce; ahora está veraneando en Necochea. O fue a Necochea para ultimar un pleito. O tiene en Necochea una gran estancia... Santana caminaba ausentándose cada vez más del mundo exterior y entrando a trancos en las mismas entrañas de la alucinación... Las gentes le daban algún codazo o empujón, que él no sentía. Casi le atropellaba un auto frente al “New Palace”. Ni siquiera

oyó las voces: “Cuidado, desgraciado”... Apenas sintió una opresión de mano en su brazo y un tirón hacia atrás. Vio, sí, dos ojos chispeantes, coléricos, agresivos: los ojos del chofer; los vio durante medio segundo de tiempo; tuvo la vaga sensación de que debía comprender algo... Esa filosa mirada le hizo disponerse a hacer algo que no hizo sin embargo...

Regresó, atrás. En cierto momento tuvo ganas de detener al primer hombre que encontrase y decirle: “¿Conoce usted al doctor Santos Ferrería? ¿Es rico? ¿Es buena persona? Sucede esto: él tenía en su cuenta solamente trescientos pesos, nada más que trescientos; y no tenía crédito abierto. Bueno, sucede esto...”. Y le haría la historia. “¿Cree usted que pagará el gasto que hizo, un gasto de cinco mil pesos?... ¿Sí?”... Y el diálogo ilusorio, imaginado, fue cobrando para Santana valores de realidad; timbre y altura de voz; y pausas y gestos que dan a las palabras más realidad. A Santana le pareció haber oído —oyó verdaderamente— la propia voz del hombre a quien acababa de interrogar. “Sí, señor Santana, sí; el doctor Ferrería es uno de esos abogados con grandes pleitos en que andan en juego fabulosas cantidades de dinero; además es estanciero; tiene... ¡todo Necochea es suyo!... Pero maneja muchos asuntos, tiene muchas ocupaciones... Ni él mismo sabe las cosas que tiene

que hacer ni la plata que mueve ni cómo marchan sus pleitos... El asunto que a usted le preocupa no tiene importancia para él...”.

A falta de humano compañero consolador en quien apoyar su inquietud y recibir estímulo, Santana había fabricado un ser ilusorio que lo consolaba, alentaba, sostenía e ilusionaba. Pero, precisamente cuando casi cayera al doblar Cangallo, su confortador imaginado huyó de su lado por misterioso modo como en los escamoteos de prestidigitador. Estaba Santana otra vez solo; sentía un miedo terrible cuando pensaba en su situación y cuando la veía con cierta claridad; y se dejaba entonces hundir en esa casi inconsciencia que es la concentrada y terca atención sobre un único y pequeñísimo punto en el aire. Una instintiva defensa se realizaba en él: prefería meditar sobre difíciles o vagos detalles sueltos e independientes, que sinceramente aproximarse al conocimiento exacto en perspectiva de la verdadera situación. Y huyendo instintivamente de la trágica posibilidad, avanzaba hacia el absurdo y lo falso. O volvía a querer sinceramente comprender la actualidad y las consecuencias.

Con esos cinco mil pesos compró un tapado de invierno, un regio —regio, como leía en los anuncios de la sección propaganda— tapado de invierno, un tapado de piel, carísimo, para señora. Y ropa interior

de seda, para señora. ¡Ah! Hace como tres años, en otra ocasión, hace unos tres años, también gastó como cinco mil pesos... o seis mil... ¿cinco mil o seis mil?... también en ropa de señora... Seguramente para alguna mujer... una artista del Colón... una bailarina... o una prostituta cara... Sí, seguramente está metido con alguna, y le cuesta cara... Sí, no hay duda; mantiene a una de esas... porque...

—¡Eh, amigo...!

Le duele el golpe recibido. Vago peligro físico le amenaza en la calle. Hay que entrar en un café. Le duele el golpe. Fue en el antebrazo; el dolor se localizó en el hombro. Entra en el café. Whisky. Va a pedir whisky. ¡Café, sí, café...! ¿Por qué no se atrevió a pedir whisky? Traiga un café. Café con cognac. Es corriente y no ha de extrañar a nadie que uno pida cognac con el café; pidiendo café con cognac, nadie va a pensar que Santana tiene el hábito de la bebida. El whisky es más fuerte; debe dar más fuerza, debe procurar más ánimo; debe proporcionar más coraje a uno...! ¡Ah, si él no tuviera vergüenza y se atreviese!... Necesita ánimo, presencia de ánimo, coraje, audacia, para ver su propia situación, para no desfallecer. ¿Qué le sucedió? Quiere pensar serenamente y con método. “Vamos por partes”. Supongamos: primero, que el doctor Santos Ferrería pague los cinco mil pesos.

Entonces, la Casa no pierde nada; a él, a Santana, le castigarán, lo suspenderán, le aplazarán el ascenso... pero no lo echarán, no. Segundo: no paga; la casa tiene una pérdida de cinco mil pesos; él, Santana, tiene la culpa. Y lo echarán. O lo obligarán a cubrir a él, Santana, el déficit... Tendrá que pagar él, Santana, cinco mil pesos... ¿Y con qué iba a pagar él? Eran cinco mil pesos y él tenía tan solo tres mil en el Nuevo Banco de Londres. En último caso, él entregaría a la casa esos tres mil pesos y empeñaría hasta el alma por otros dos mil. ¡Con tal de que no lo echasen de la casa!... ¡Entregaría su libreta, sus tres mil pesos suyos, de él! ¡Tres mil pesos ahorrados a fuerza de dolorosas privaciones, privaciones dolorosas hasta la lágrima! ¡Ahorros, sacrificios, renunciamentos, privaciones de todos los momentos y sobre todas las necesidades! ¡Si recuerda aquel sobretodo azul, aquel grueso capote azul, que duró, que lo hizo durar, una eternidad de inviernos! Primer año, segundo año: nuevo. Años siguientes: envejecía, arrugábase, raspábase, deshí-lachábase. Se le caía el forro a pedazos. Comido en los codos. Le hizo cambiar el forro. Al año siguiente lo hizo teñir de negro. Dos años. Dos años así. “Se dan vuelta trajes”. Lo hizo “dar vuelta”. Dos años más. Por último, definitivamente imposible para la calle, continuó siendo cosa útil. Amelia, la esposa,

hizo del capote una manta para la cama de los nenes. ¡Había que cuidar el dinero! ¡Había que preservarse, que defenderse! ¡Era necesario resistir, sostener la comida, el techo y cualquier posible enfermedad! ¡Era imprescindible no desmayar en la construcción de la defensiva muralla y todos los meses añadir un ladrillo más a la muralla defensiva! ¡Todos los meses era necesario llevar algo, cualquier cosa, al Banco, construyendo piedra sobre piedra el ahorro! Imperativo categórico: economizar. Y recuerda Santana sus pesquisas, pesquisas minuciosas en las enmarañadas tiendas del Paseo de Julio, buscando camisetas de obrero, fuertes y baratas; medias de obrero, fuertes y baratas; calzoncillos de pana, fuertes y baratos; botines inelegantes, sólidos, fuertes y baratos... Era necesario sostener el hogar. El matrimonio... los hijos... ¡Cuidado con la alevosa traición de una enfermedad!... ¡Y resistir, resistir el periódico parto de la esposa; a resistirlo y a dominarlo para que no se llevase demasiado dinero!

El año pasado... —eso es, otro, con cognac...— lo habían ascendido a doscientos cincuenta pesos. La libreta de Caja de Ahorros iría ahora llenándose con mayor peso. Había ahorrado cuando el sueldo era escaso, irrisorio: ciento cincuenta... ciento setenta... doscientos... doscientos treinta... El prodigio se hizo

siempre. Por el hogar. Por los hijos. Por el terrible y trágico mañana misterioso y tremendo. Por los hijos. Por eso llegó a acumular, ¡prodigio de miedo!, hasta tres mil pesos. ¿Y todo este dinero, con lo que era para él, con lo que significaba, debía entregárselo a la casa? Era dejar al ciego sin lazarillo y al barco sin timón y a la boca sin voz y al techo sin paredes. Era como arrancarle el alma, la vida. Sí, otro, otro. Era demasiado castigo. Era como echarlos a él y a su mujer y a sus hijos desnudos y hambrientos y enfermos en medio del hambre y el frío y la soledad y la enfermedad. ¿Cómo encontrar pan y lecho y techo y vestido? ¿Era un crimen! ¡Robarle esos tres mil pesos!... ¿Pero no era peor si lo echaban? Si lo echaban, era la muerte... Si lo echaban del empleo, se acababa todo... —otro, mozo...— Era su muerte, la muerte de él, de Santana, y la muerte... no, la destrucción de su hogar... ¿De él?... ¿Y todas las demás gentes del mundo? Todas las demás gentes seguían viviendo más o menos felices o por lo menos luchando sin esta certeza angustiosa de la fatal y ya decidida destrucción de un hogar. Él solo, solo Santana, sufría esto. ¡Es injusta la vida! Unos, ricos... otros, pobres... ¡Si por lo menos los ricos protegiesen a los pobres!... ¡O los olvidasen!... Pero no; los ricos no ayudan a los pobres, sino que los utilizan, los explotan, los castigan. ¡Ah, si existen

maximalistas y revolucionarios, y asesinos y ladrones, será porque los ricos les escamotean los primordiales derechos de todo ser humano... y entonces ellos... claro... quieren apropiarse de lo suyo que está en poder de los ricos!... ¿Y por qué ha de haber ricos y pobres?... Siempre habrá ricos y pobres... Siempre habrá un Santana desgraciado que debe sufrir durante toda su vida pensando en trabajar durante toda su vida para no morir de hambre y para mantener a sus hijos; y siempre habrá un hijo de Míster Daniels que debe vivir en París divirtiéndose con los dos mil pesos mensuales que le gira la casa de su padre en premio a... a... ¿Por qué?... Esto es injusto... Hay que tener suerte... Hay que haber nacido desgraciado... Santana había trabajado siempre; desde los doce años de su edad. Nunca una picardía, una falta, una calaverada. Trabajó. Se hizo mozo. Trabajó. Tuvo novia. Trabajó. Se casó. Trabajó. Tuvo hijos. Trabajó... Nunca le sobró dinero para un exceso... —¡Mozo... otro...!— ¿Lo echarán del empleo?... ¡Se acabó todo, entonces!... Porque él no sirve para nada. No sabe ganarse la vida. Es un oficinista. No sirve para nada. Doce años en la oficina; doce años haciendo una labor reducida, escasa, sencilla, maquina; siempre lo mismo. Doce años, no: catorce años... Nunca una excepción, una complicación, una novedad en su

trabajo. Siempre lo mismo. Después de catorce años de labor en Cuentas Corrientes, lo sacan de allí y lo llevan tres metros distante, en la mesa de Sucursales, y tiene que aprender, de nuevo y desde el principio, porque solo sabe lo poco de su sitio, y no sabe nada tres metros más allá... Le tienen que enseñar la labor que se estuvo realizando durante catorce años a tres metros de donde estuvo él trabajando durante siete años, catorce años... ¡Ah, si lo echaban del empleo!... Hay algo peor, todavía: la cárcel. ¡Pero no! Ni a Joaquín Gallegos lo metieron en la cárcel. No; la cárcel, no. Pero era muy posible que lo echasen... y, ¿qué sucedería?... ¿Sus hijos?... ¿Y Amelia?... Se imagina su hogar a los seis meses, al año, de estar él sin empleo. Ya sin dinero. Todavía sin empleo. ¿Amelia lavandera?... ¿Sus hijos con hambre?... ¿Sus hijos, los hijos suyos, de él, de Santana? ¿Carlitos, el más chico, sufriendo hambre? ¡No! ¡Robaría!... ¡Qué va a robar él, Santana!... Es un acceso de virilidad, de coraje, provocado por el alcohol.

Santana mira pasar las gentes por la vereda. Mira a través del ventanal del café. Hay otra pantalla neblinosa entre su pupila y la calle, también suscitada por las copas bebidas en irrazonados impulsos, durante esa crisis paradójica que transforma momentáneamente al cobarde en valiente y al abstemio en borracho y

al avaro en espléndido. Pasa por la calle un hombre pequeño acompañando a una mujer fornida y guapa, y Santana advierte el contraste. ¡Qué ridícula es esa pareja! Su mirada apresa los objetos y los movimientos, deformados o desdibujados. Mira; quiere mirar, y los transeúntes bailan una lenta danza frente a él; los ve bailar como cuando en el cinematógrafo la cinta marcha con lentitud insospechada. Pero ya no ve más el mundo exterior. Vuelve a caer sobre su angustia actual. Al imaginarse a sus hijos en una mañana inminente sufriendo necesidades físicas que él provocara con su prolongada desocupación, siente vivo dolor; y ya mismo piensa el modo de evitar esa mañana que tanto le hace sufrir aun antes de ser realidad, aun siendo apenas sospechada posibilidad. Hay que evitar eso. Se humillaría una vez más, pero esta vez como un perro, como el último perro, como el más miserable de los perros. Iría a verlo al gerente. Lloraría. Le besaría una mano. Le diría: “Soy su perro, soy su esclavo; haga de mí lo que quiera, pero no me eche del empleo, no me quite el sueldo, el sueldo que me sirve para mí, para mi mujer, para mis hijos Alfredo, Evangelina y Carlitos”... Sí, sí, ganaría Santana el corazón del gerente. Le inspiraría lástima, piedad... Insistiría: mis hijos... mis hijitos... Lloraría... Pero... ¿qué es

esto?... ¡Qué vergüenza!... ¿Por qué ahora Santana no tiene fuerzas para levantarse y caminar?...

Tiene Santana la vaga consciencia de estar mareado.

Calle silenciosa y de escaso movimiento; apenas la atraviesan durante las horas del día unos cuantos carros —chatas y camiones— pesadísimos con sus enormes cargas. La calle Balcarce corre desde la Plaza de Mayo hasta el parque Lezama en una línea irregular interrumpida cinco o seis veces por manzanas de edificios que la tuercen y la llevan cincuenta, cien metros hacia el Este. Alguna vez —en Venezuela— se corta, desaparece, como absorbida por el Paseo Colón, pero reaparece dos cuadras más al sud. Tiene su arquitectura peculiar, esta calle Balcarce. A lo mejor, al lado de un galpón moderno de fachadas desnudas de ornamento, o al costado de una casa de renta de cinco o seis pisos encimados como hojas de libros, está depositada, como cosa olvidada, alguna vieja casona colonial, de humilde y sarmentosa fachada, de muros descascarados, con ventanas enrejadas, portales de madera tallada pero incompletos, y un techo de tejas, tan bajo, que parece caérsele encima a uno. Estas casonas son para el espíritu curioso las más interesantes; dan la grotesca impresión de un

apuesto y orgulloso hidalgo tronado y con hambre; mucho abolengo, limpio apellido, auténtico escudo de armas, traje de irreprochable corte pero todo sucio, viejo y pobre.

Una de estas antiquísimas mansiones actualmente agoniza en conventillo. En sus espaciosas habitaciones donde acaso en 1815 o 1820 algún general de la Independencia abandonara esposa e hijas para ir a satisfacer su sed patriótica en los abiertos campos de batalla, hoy conviven apretujadas seis u ocho familias de las más diversas nacionalidades, y costumbres contradictorias hasta la beligerancia. Italianos, franceses, turcos, criollos. La última habitación la ocupa un griego relojero.

La casa consta de tres cuerpos en una sola ala; y suma en total doce habitaciones. Hay tres patios. Franqueando el zaguán, levanta su agravio la chapa metálica que según ordenanzas municipales debe existir en las casas de inquilinato. El primer patio está siempre sucio y lleno de chiquillos; en cambio, el segundo también; pero el tercero, igualmente.

Adosadas al muro que separa de la casa vecina, están las cocinas, ocho en total; precarias construcciones de madera y zinc, que más parecen frágiles garitas. Cuando llueve, ameniza el ruido ametrallante del agua, las blasfemias de las vecinas que deben cruzar el

destechado patio para llegar a las cocinas. Después de aquel temporal en que un aletazo de viento tumbó al suelo a la lombarda del segundo patio destrozándole la sopera y derramándole el humeante caldo, las vecinas todas, en un acuerdo defensivo, decidieron cocinar en sus respectivas habitaciones durante los días de recio viento o dura lluvia, rebeldes a la obstinada reclamación del negro Apolinario, encargado del conventillo donde naciera y representante, allí, del dueño, su antiguo amo. Unas reparaciones sumarias pero sólidas últimamente efectuadas prolongaron el servicio del edificio; se reforzaron las maderas del piso, se enmendaron algunas puertas, se recompuso el techo...

Baratos, los alquileres. Santana ocupaba dos piezas en el segundo patio.

Volvía Santana a su hogar entre siete y media y nueve, diariamente, desde hacía... ¿Desde cuándo?... Desde siempre... Amelia lo esperaba. A las ocho cenaban; pero si a esa hora aún no había llegado Santana, su mujer iba a la cocina, cogía la sopera y la fuente y traía la cena a los hijos. Ella esperaba a su marido. Al principio había esperado por amor; ahora esperaba por costumbre.

Esa noche Santana no acababa de llegar. Cenaron los chicos. Santana no llegaba. Amelia puso a dormir a Carlitos. Después arrastró la camajaula de Alfredo

desde el dormitorio de los esposos hasta el comedor. Pasaba el tiempo y Santana no llegaba. Amelia apagó las luces. Los mozos del conventillo pasaban conversando de *football* o de minas. Amelia llevó la silla de mimbre blanco a la puerta del comedor que daba al patio. Sentose, dispuesta a aguardar. Esperaba. ¿Qué le habrá sucedido? ¿Balance? No. ¿Trabajo extra? ¿Quién sabe! Prestaba atención a los ruidos que provenían del zaguán. No; no era Santana este que entraba. ¡Las once, ya! Amelia se asustó. Había tardado en inquietarse, pero se angustió por fin con un temblor interior y un temblor físico... ¡Las once! ¡Aquí está!

Amelia se incorporó; entró en la habitación y encendió la luz.

—¿Cómo tan tarde?

Él no contestó.

Ella se le aproximó.

—¡Pero!... ¿Qué tenés?... ¿Estás... estás... tomado... qué te pasó?...

—Me suceden cosas terribles...

—¿Qué!... ¿Perdiste el empleo?...

¡Lo primero que pensó y tradujo la mujer, la esposa, la madre! ¡Lo primero, lo principal, lo primordial, lo trágico, lo vital para la familia del empleado! ¡No la salud, no el honor, no el pecado! ¡Qué salud ni qué

honor ni qué moral! ¡El empleo, el dinero, el sueldo, el pan, el pan de los hijos! ¡El empleo, el empleo, que es comida y lecho!

—No, todavía... pero... quién sabe...

—¡Nooooo!...

Amelia tembló. Se empañaron sus ojos. Apremió a su marido con preguntas apresuradas cuyas respuestas frágiles apenas oía o interrumpía. Preguntó, reprochó, rectificó. Él contaba y ella por momentos atendía y desatendía, o interrumpía para un reproche, para una aclaración. Después ya le conformaba y consolaba. No había que exagerar. No era para tanto. Y, en último caso, ella iría a ver al gerente y le diría... O antes hablaría con la esposa del gerente... Las mujeres, entre ellas, se entienden. Iría con los nenes, con los tres...

—Bueno, no hay que desesperar. Sentate a comer.

Él no, no iba a comer. No tenía ganas. Ella insistió. Hablaron del suceso. Todavía dos o tres veces insistió la mujer:

—Pero sentate, comé...

Continuaron hablando.

—Andá, andá a acostarte ahora...

Y momentos después:

—Es mejor ir a la cama...

Miércoles

—Doña Luisa, la mujer del vidriero, quedó en vestir a los chicos para que fuesen al colegio. Aquí está todo preparado ya; el desayuno... Doña Luisa no tiene más que encender el primus y calentar la leche. Nosotros vamos ya...

Marido y mujer se encaminaron hacia la Casa.

—Si a mediodía no estoy de vuelta, ya arreglamos con doña Luisa para que ella les dé de comer a los chicos.

Apenas si cruzaron palabras marido y mujer durante el camino. Llegaron. Ella entró en la lechería de enfrente y él, en la Casa, tal como habían determinado. Ella se estaría en la lechería; él le mandaría cualquier noticia por intermedio de un cadete.

A las ocho la lechería se cubrió de silencio. Castor, el mozo, remató su labor y se allegó a la mesa de Amelia.

—No, no lo van a echar, señora; no...

Y empezó a juntar frases y gestos para consolar a Amelia y para convencerla de que temía un castigo excesivamente cruel, hasta absurdo. Pero Castor no sabía consolar. Él no comprendía cómo, por qué, la equivocación de Santana, nada maliciosa, nada intencionada, cometida sin propósito interesado, sin nada delictuoso, podía ocasionar una tragedia. Que

era una desgracia, convenido. Había que aguantarla. ¿Qué se le iba a hacer? Ya se sabe que en la vida uno tiene que soportar cosas, y a todos les caen por turno. Se aguanta. Pero todo se arregla. Solo la muerte no tiene compostura.

—... ¡Yo salí de peores, señora!... A mí no me desmaya un empujón. Es cuestión de aguantar, que todo pasa y se va. Y para aguantar bien, para resistir y vencer, no hay como el coraje. ¿Y sabe usted qué interpreto yo por coraje? ¡Pues no tener miedo a nada!

Ahora sí que las afirmativas palabras de Castor volvían a la vida a Amelia.

—¿Que viene una tormenta? Si hay un refugio, pues, ¡al refugio! ¿Que no lo hay? Pues, a soportarla, firme, hasta que acabe, que un día acabará. Yo no sé cómo ustedes piensan que por una cosa así... en fin... que no es una bagatela, yo no quiero decir que sea una bagatela... pero, quiero decir que... decía que... eso es: decía que tampoco es verdaderamente una cosa dramática. Yo no comprendo por qué tanto miedo ustedes... ¡Si es más el miedo de ustedes que todo! ¡Las veces que habré perdido empleos y ocupaciones, yo, en La Habana, en Valparaíso de Chile y en Buenos Aires!... ¿Que me echan siendo ya armador de cigarros de hoja? Pues vea usted, señora: capataz armador de cigarros, en La Habana, es ya una habilidad que da

de vivir, y a uno ya le basta, y muchos solo quieren llegar a eso, que es como una jubilación o el Gordo de Madrid. Pues bueno; vea usted; me echaron por cuestión... de... nos habíamos enamorado de la misma mujer, yo y el jefe de línea. La línea es una escuadrilla de peones... Bueno, señora, vea usted: me echaron, y aquí estoy, viviendo siempre... Salía o me despedían de un sitio y entraba a otro sitio. Un suponer: ¿que lo echan a su mari...

—¡Nooooo!...

—... a su marido? Pues: coraje; ya encontrará ocupación en el fondo de los mares o en los cuernos de la luna...

Amelia sentía que las viriles palabras del hombre sin miedo daban a su espíritu y a su cuerpo inyecciones reconfortantes, fuerzas eficaces de conformidad, esperanza, tranquilidad. Y en cierto momento sintió un azoramiento entre triste y alegre, entre afectuoso y rencoroso, y fue una comprensión fugaz, momentánea, no del todo terminada. Estaba ya casi alegre y afectuosa, convencida de que, efectivamente, no debía temer, cuando en lo subconsciente se formaron dos figuras: la figura del hombre fuerte, valiente, sano, alegre, optimista, que en la lucha sufre pero procura vencer y vence, y previendo el dolor, no lo teme; y la figura del hombre débil, cobarde, miedoso, tembloroso,

pesimista, que en un asustado minuto de temblorosa alucinación, se echa a muerto, vencido sin lucha y sin enemigos; y vencido más categóricamente que si hubiese existido enemigo y combate; y vencido él junto a los suyos. Muy adentro, muy vagamente, en Amelia se formó algo informe pero real, que enseguida se deshizo sin acabar de precisar su dimensión y su fuerza; pero que en su breve existencia atravesó, aunque sin fijarse, en la conciencia: admiración, respeto, asombro por el hombre viril; y simultáneamente una incipiente piedad, una vaga lástima... un poquito de desprecio por el... por el hombre cobarde... débil...

Mientras la mujer volvía a la vida en la lechería oyendo el viril discurso de un hombre sano y fuerte, Santana perdía apoyo y paz, desfalleciendo casi en la oficina donde los empleados trabajaban despreocupados de él o concediéndole una atención menor que la del día anterior. Es decir: que veinticuatro horas después habíase elevado la inquietud en Santana, reclamando mayor apoyo en solidarios y compartidos consuelos, esperanzas y alientos. Entre los empleados sucedió lo contrario: se rebajó el interés y la lástima.

—¿Y... Santana?...

—¿No hay noticias?...

—¿Lo vio al gerente?...

Preguntas, al pasar, con interés, sin emoción.

—¡Señor Santana!

—Que vaya a verlo; lo llama el señor González.

Entró Santana al despacho del jefe.

—Siéntese... Este... Vea, señor Santana; ahora tengo que tratar “lo suyo” con el gerente. Ya le dije que por usted haré todo lo que pueda, y sobre esto no se hable más. Bueno; para hacer bien las cosas, dígame: ¿usted aceptaría pagar usted si no se consigue nada del doctor Ferrería? Diga, claramente, francamente.

—Con tal que no me... despidan...

—¿Acepta?

—Sí, sí, sí. cómo no. Pero yo no tengo cinco mil pesos, señor González.

—Bueno... este... vea... ¿como cuánto tiene usted?...

—Dos mil...

Santana, creyendo en ese momento que la solución definitiva o casi segura sería la que el diálogo iba anunciando como posibilidad solamente, se sintió casi salvado y descubriose ánimos para ayudarse a salvarse. Se había concentrado todo en la pérdida del empleo; esto hubiera sido su derrota; cualquier otra solución era una victoria para él. Estaba salvado. Y en un arresto instintivo de defensa, ya con

asomadas ilusiones y con apoyo en el empleo, se encontró de repente con que estaba defendiendo su dinero; por eso mintió y dijo que solamente tenía dos mil pesos.

—Bueno, vuelva a su mesa. Vamos a ver.

El señor González abandonó su despacho y se presentó al gerente.

—Ah... sí... sí... ¿No contestó el doctor... cómo es?...

—Doctor Santos Ferrería. No contestó, no, señor gerente.

—Yo pensé... sobre esto... esperar unos días... Esperar un poco... Si no contesta, entonces pasar antecedentes, sí, sí, a Procuración...

—Sí, señor; esperar unos días más, y si no contesta, pasar el asunto a Procuración. Sí, señor.

—¿Qué tal empleado, Santana?...

—Su ficha personal es inmejorable.

—Leí... leí...

—Es de lo mejor, señor gerente; sinceramente es de los más fieles empleados de la Casa, en todo sentido. Créame, mi gerente, que yo sufro que le haya pasado eso precisamente a un empleado como Santana.

—Sí... este... busque solución... usted... para: caso que el doctor paga, y caso que el doctor no paga.

Viernes

Dos días más tarde, el señor González, después de escuchar con reverente atención al gerente, resume así las disposiciones de su superior:

—Sí, señor, sí; primero, suspender un mes al empleado Santana; segundo, pasar toda la documentación a Procuración; tercero, cerrar la cuenta del doctor Santos Ferrería; cuarto, acreditar cinco mil pesos a la cuenta de la señorita Concepción Sánchez Ferreyra. Esos cinco mil pesos se debitan: los trescientos pesos del saldo crédito del doctor Ferrería; dos mil doscientos a Quebrantos; y los dos mil quinientos restantes son los que debe pagar el empleado Santana, disminuyéndole el sueldo en un diez por ciento mensual hasta que cubra... ¡Ah! Y se le recordará al empleado Santana que esta medida del señor gerente es en atención a la buena conducta del empleado Santana.

—Comprender bien: empleado Santana no paga, no paga la mitad de la pérdida; se le rebaja sueldo diez por ciento mensual como castigo, y ese diez por ciento va a cubrir déficit...

—¡Hemos ganado, gracias a Dios!

—¿Sí? ¡Ah!... ¡Menos mal!...

—Yo hice por usted todo lo que...
—... ¿Pero sigo en la Casa?
—¿No le digo que hemos ganado?
—Sí, pero era para asegurarme más... Disculpe...
—Tampoco pagaré “de golpe”.
—¿No? ¿Pero entonces me ayudó Dios en persona!
—Se resolvió esto: que si no, ¡quién sabe!... De modo que puede darse por muy satisfecho.
—¡Ya lo creo! La tranquilidad...
—Ahora sería conveniente que usted... su deber... ¡a mí me parece, digo!... que fuera a agradecer al señor gerente...
—Sí, señor, sí... ¡no faltaría más!... ¡cómo no!... Voy enseguida. Y a usted también, señor González, gracias; no sé cómo agradecerle...; gracias... gracias...

RIVERITA

Tres esenciales detalles le caracterizaban como cadete: la edad, el uniforme y el tratamiento. Todos, jefes y auxiliares, le llamábamos Julio, Julito o Riverita. No era todavía el “señor Rivera”. Pero cumplía muy pocas funciones de cadete, y estas porque tenía de jefe al señor Torre, que sentía una voluptuosidad casi sensual en dar órdenes de toda especie y ser obedecido con amor o sin él.

Era cadete, sí; y ganaba el mejor sueldo de todos los chicos uniformados. Con excepción del señor Torre, ningún jefe se atrevía a emplearlo en menesteres de cadete. Otros dos detalles sugestivos al respecto: no dependía del Mayordomo General, y “llevaba libros”, con lo cual realizaba labores de auxiliar.

El señor González habíale prometido “sacarle” el uniforme en agosto o setiembre, pero Julito no acogió esta noticia con la alborozada alegría que pudiera sospecharse si se considera que tal cambio de vestimenta indicaba un ascenso y daba a sospechar un inminente aumento de sueldo.

El uniforme tenía algo de inferior, por no decir de humillante. Porteros, ordenanzas, peones, choferes y cadetes constituían el cuerpo uniformado. Al salir de él, Julito se incorporaría de hecho al otro grupo, el

de los auxiliares. (Había otra serie de uniformados: también las vendedoras y los jefes de venta llevaban uniforme; ellas debían usar taco alto, medias de muselina de seda, pollera corta a tantos centímetros del suelo, traje oscuro y cuello blanco volcado, que en aquel tiempo se denominaba “cuello Médicis”; ellos estaban obligados a enfundarse un *jacket* oscuro durante las horas de venta).

La verdad es que le quedaba bien el uniforme a Julito, y él sabía llevarlo con gracia y cuidarlo con amor. La gorra encasquetada hasta justo las cejas; cabalmente ajustada la chaquetilla, sin esas arrugas que suelen abrirse en abanico en las mangas y a la altura del codo; esta prenda tenía doble pecho sobre el cual corrían botones dorados en tres hileras que iban siguiendo la curva del pecho aproximándose entre sí y rematando en la adentrada cintura. El alzacuello llevaba, sobre el fondo verde del paño, el monograma dorado de la casa: unas “O-D” circuidas por unas ramitas de quién sabe qué. Del alzacuello sobresalía apenas el cuello almidonado y blanco, siempre blanco y limpio como los puños de la camisa que emergían un centímetro del filo de las mangas del saco. Los pantalones tenían rígida y enérgica como una plomada su raya; seguramente se los hacía planchar todas las noches, o se los planchaba él mismo. Usaba zapatos

siempre, y siempre con lustre reluciente. El taco alto le hacía caminar con cierto ruidito, cierta energía y cierto ritmo.

Julito era alto para su edad, y conservaba una gentil apostura y correctas proporciones a pesar de estar atravesando el período del crecimiento en que se muestra ridículo el cuerpo adolescente.

Los ojos chiquitos estaban metidos ahí, dentro, resguardados bajo el alero de la visera que los hacía más negros todavía. Tenía allí, en los ojos pequeños e inquietos, una permanente curiosidad avizora, y en los labios jugaba una habitual sonrisa.

Era inteligente y trabajador, lo que explica su situación privilegiada. Y activo, y comprensivo, y obediente. Poco a poco se le habían reducido los trabajos anejos a la condición de cadete y llegó a “llevar libros”: el de Existencias y el de Pedidos; de poco movimiento el primero, fácil el otro.

Traía a la oficina, todos los días, novelitas románticas o policiales o revistas de aventuras. Era lector asiduo y vicioso de *Tit-Bits*. Leía en la oficina y en su casa, en la calle y en el tranvía. Aprendía los cantares y cuplés de las cancionistas españolas y las letras de los tangos de moda, y los cantaba.

Se sentaba en su taburete, sacaba su folletito o revista, apoyaba su busto en el canto de la mesa,

depositaba su frente en las manos y se hundía en la maravillosa lectura. Una vez el señor González le había prohibido tan dilecto placer. Riverita, pasados unos días de nervioso andar suelto y desocupado, había encontrado la solución. Se sentaba en el taburete, cogía una lapicera con la mano izquierda y en la derecha conservaba el paño para limpiar las plumas. Permanecía largos, largos minutos en una prolongada actitud expectante, en una actitud permanente de disponerse a limpiar la pluma; y no la limpiaba, sino que su vista afanosa, voraz, caía dentro del cajón de la mesa abierto unos diez o quince centímetros. Si el señor Torre o el señor González entraban inopinadamente en la oficina, Julito entonces aproximaba sencillamente sus dos manos y limpiaba tranquilamente la pluma, y limpiada la pluma, arrojaba dentro del cajón el paño, cerraba el cajón y “continuaba” escribiendo.

Dentro del entreabierto cajón, estaba abierto el último número de una novela policíaca, y eso leía Julito.

En la oficina de Útiles, Rillo absorbía nuestra atención; la oficina era suya. Rillo era el personaje absorbente; él había dado a la oficina carácter y personalidad. Su gárrula charla inundaba la sala; sus vociferaciones eran a veces tan robustas, tan gráficas, que parecían objetos que chocaban contra ilusorias paredes. Romeu y yo, que ya le conocíamos bien,

le contradecíamos para encenderlo y dejarlo arder. Julito, si no leía, concentraba toda su atención en las palabras de Rillo y las comentaba con repentinas carcajadas que le hacían moverse como un pelele. Esta oficina, cuando estuvo a cargo de Rillo, se llamó “República de Útiles”.

Una vez el señor González determinó levantar un nuevo libro de Existencias de Contaduría y encargome tal labor, diciéndome, entre otras cosas, que Julito me acompañaría como ayudante a mis órdenes para todo aquello de que hubiese necesidad.

—Puede empezar por la sala grande (Contaduría). Le convendría trabajar de seis a doce de la noche. ¿Le conviene? Así no molesta a los empleados ni ellos le molestan a usted. Por lo menos, cuatro horas cómodas las tiene.

—Bueno, señor.

—Vea, le recomiendo... Es para hacer unas quitas... Le recomiendo mucha claridad. No ahorre detalle de cantidad, estado, marca, uso, fecha... Vea, mejor: pase más tarde por mi despacho y allí le indicaré cómo quiero que se hagan las cosas. ¡Julio!

—¡Señor González!

(No te atropelles, Julito...).

—Póngase a las órdenes del señor Lagos.

—Sí, señor.

Se fue el señor González, y Riverita se cuadra militarmente, hace la venia con los dedos de la mano rígidos y abiertos como los rayos de una rueda y, sonriendo, rubrica:

—¡Mi Jefe, ordene!

A los tres días yo descubrí que podía terminar mi trabajo en solo dos semanas. Pero lo prolongaría a un mes, que era el tiempo calculado por el señor González. Así trabajaría despaciosamente, descansadamente.

Julito se encaramaba en la escalera de mano, cogía de los estantes libros, cajas, botes. Y me cantaba:

—... Ocho, nueve, diez, once. Once biblioratos “Helios” tipo seis. Cinco en mal estado... En cuatro no funciona el resorte... ¡Ep-pa!... ¿Ya anotó cuatro?... Deben ser cinco, porque este también está arruinado...

—Julito, no cantes más; descansemos.

—¡Pero qué regalón es usted! Cuanto antes terminemos, mejor... Me parece.

—Peor, Julito, peor. Tendremos que volver a la oficina, y allí son de nueve a once horas de trabajo.

Aquí, trabajamos seis horas descansadamente, y sin jefes. ¡Sin-je-fes, Julito, sin-je-fes!... ¿Comprendés?

Todos los días, durante dos horas, o tres, Julito cantaba y yo escribía. Divertíase él en tal labor.

—¡Fíjese! Unas fórmulas 45. ¡Cómo eran estos internos antes!... ¿Por qué los habrán cambiado?... Seis anotadores fórmula 45... ¿Los anota?...

—Basta, no cantés más.

—¿Ya terminamos, hoy?

—Por hoy, sí.

—¡Pero faltan cuatro horas!...

Bajaba de la escalera y se acercaba a mi mesa a observar el trabajo realizado.

—Cuatro folios apenas...

—Y es demasiado...

Entonces charlábamos un poco y luego leíamos.

—¡Cómo fuma usted, señor Lagos!...

Estábamos en el rigor del verano. Abríamos los ventiladores y nos dejábamos golpear por el viento rezongón que salía de la boca abierta del aparato.

Yo me sacaba el saco y levantaba hasta el codo las mangas de la camisa.

—¿Son de oro esos gemelos?...

—¿De oro?... Los hubiera empeñado...

Julito se sacó la gorra. También la chaquetilla. Yo no sé cómo resistí.

Yo leía algún libro. Y Julito, revistas policíacas.

—¿Usted lee en francés?

—Un pequeño poco, como se dice en francés...

Una noche, el aire de la sala estaba caliente. El sudor me ponía nervioso. Yo no sé de dónde salieron tantos bichos. Formaban una zona que circundaba a la lámpara. Aleteaban y zumbaban multitud de insectos; golpeábanse contra la bombita produciendo un ruidito chiquito y seco como cuando se abren las vainas de las chauchas; otros caían en las planas abiertas del libro. Los más fastidiosos eran los que se posaban en mis brazos y cuello y los que se metían entre mis cabellos. No se podían espantar a estos bichitos con el movimiento maquinal de la mano, no se iban; había que cogerlos y tirarlos lejos de uno o al suelo. Me distraían tanto que por fin renuncié a la lectura.

Observé entonces las maniobras de Julito, sentado a cuatro metros de mi escritorio. Alejaba la bombita de luz y se hacía sombra en la revista que quería leer; la acercaba y los bichitos no lo dejaban tranquilo. De repente, cierra la revista, mira con persistencia su brazo izquierdo, donde posiblemente debió depositarse la verde manchita de un insecto, y con la palma de su mano derecha se da un golpe en el brazo para aplastar al enemigo.

—¿No te dejan leer?

Acerca su silla a la mía y conversamos.

—Hace calor...

Se seca el sudor y, con los dedos abiertos en abanico, se peina para atrás.

—¡Qué lindo pelo, che!

—Lindo, ¿verdad?

—Ya lo creo.

Julito se puso delante del ventilador que, soplando groseramente, lo despeinó; los cabellos se levantaban y persistían flotando al aire como en una perpetua actitud de escaparse. Julito sonreía al recibir la caricia del viento. El viento se le entraba entre la ropa y la carne y le hinchaba la camisa haciéndola palpitar como un corazón alegre.

—Yo cuido mucho mi pelo. También me gustan los perfumes, pero no los uso porque hacen caer el cabello. ¿No es cierto? ¿A usted no le gustan?

—Mucho.

—A mí el que más me gusta de todos los que conozco es “Indian Hay”, de Atkinson. ¿Usted lo conoce?

—Yo conozco el agua Colonia y el agua corriente y el agua con permanganato.

—Yo también; y el agua de la canilla es mi agua florida. Por eso conservo el cabello sedoso. Es sedoso. Fijese. Toque, toque...

Habíase aproximado a mí. Yo tomé un mechón entre mis dedos.

—Sedoso, sí; lindo pelo.

Él sonreía.

—Hay que cuidarlo. Cuando seas más grande, las mujeres van a querer jugar con esa mata de pelo... si es que no se te cae antes. A las mujeres les gusta estar largas horas acariciando el pelo. La boca les gusta con más ganas, de modo más fuerte, más intenso... pero... ¿cómo te diré?... los cabellos les gustan más tiempo... eso es: más tiempo... De la boca se cansan, extenuadas; del pelo, no. Una muchacha que yo tuve, Esther, ¡imagínate!, me hacía poner la cabeza en su falda y me peinaba... pero ¡qué te estoy contando yo!...

—¡Cuenta, cuenta; a mí me interesa... cuenta!...

—No, che; se acabó...

—Cuenta, Lagos, es muy interesante...

Yo estaba sentado, lo más cómodo, en la silla giratoria y, para mayor comodidad y regalo, tenía los pies sobre el escritorio, en una desfachatada postura. Julito se sentó de un brinco en una esquina del mueble, casi tocando mi calzado. Se levantó los pantalones para evitar las rodilleras, mostrando así las finas medias de muselina de seda. Se cruzó de brazos e insistió:

—¡Cuenta, Lagos, no sea así!...

—¡Pero qué cuidado en tu vestir, che!...

—¡Cuenta lo que iba a decir, no sea malo!...

E inclinó su busto hacia mí, para escuchar.

—¡Cuenta de una vez, no sea así!...

Yo conté mis amores, haciendo mis relatos más interesantes y pintorescos con el aporte de mi rica fantasía, que aderezaba con incidencias sabrosas y falsas la escueta vida sentimental de uno.

Julito creía cuanto yo narraba. Abría tamaños ojos. Parecía estar escuchándome con los ojos.

—¿Y ella se suicidó después?

—¡Qué esperanza! Al año justo, se casaba con un apuntador de Bunge y Born.

—Pero... ¿no decía que iba a suicidarse?

—Lo decía; me lo repitió varias veces, sí; pero las mujeres siempre mienten.

—Las hay que se suicidan de veras, algunas.

—No creas; es que coquetean con la muerte.

—¿Cómo dice?

Continuamos hablando de esta guisa. Después quiso que yo le contara...

Y... bueno: yo le conté. Al fin y al cabo, algún día iba a saberlo. Riverita estaba encendido. En cierto momento yo había pensado cubrir con las sombras del silencio o las bambalinas de la mentira los verdaderos paisajes del amor sexual, pero determiné después descorrer todos los velos para que ese lindo muchacho

de quince años supiese las cosas y no fuese mañana sorprendido en ignorancias fatales.

—Pero... ¿de veras no sabías estas cosas?...

No; no las sabía. Las ignoraba. Tenía una vaga sospecha; la intuición vital del fenómeno fisiológico, nada más. Y callaba, para que los compañeros no descargasen sobre él su insolente suficiencia de risas y bromas.

—Y... nunca... Ah, sí... Una vez... me sucedió...

—Una vez, ¿qué?...

—Una aventura, pero usted se va a reír...

—No, decí... ¡Qué me voy a reír!... Yo también tuve tu edad. Decí qué.

—No. Usted se va a reír.

—¿Querés terminarla? Decí, y se acabó.

—Bueno, pero no se vaya a reír. Una vez hace más de un año... pero usted no se va a reír... ¿verdad?

—Uffffff...

—Porque...

—¡O decís tu historia, o...!

—Bueno, bueno, bueno... Yo era cadete de Lencería y una vez me mandaron a llevar un paquete a una casa... cerca del teatro Coliseo. Me hicieron pasar a una sala grande, una rica sala...; había altos jarrones... gobelinos... piano... Bueno; yo me siento y espero. Vino la señora. Yo no recuerdo bien ahora

su fisonomía, ni tampoco si era linda o fea, joven o vieja. Solo recuerdo que llevaba un peinador japonés y que había venido con un perrito chiquitito, blanco y lanudo. Bueno, no me acuerdo bien, pero tengo la impresión de que no era fea. No sé...

Julito se concentraba en sus recuerdos; ¿dónde había huido aquella sonrisa suya permanente y fresca? Yo lo veía hacer esfuerzos para penetrar en el suceso aquel, ubicarse en el tiempo y en el lugar y arrancar los tipos, las cosas, los gestos, las palabras. Contaba sinceramente la auténtica historia. Cuando no podía precisar una frase, un movimiento, una figura, cerraba los ojos, detenía por un momento su palabra y continuaba la historia con múltiples modos dubitativos: “no sé, parece que, creo que...”.

—... La señora me hace sentar. Yo me había levantado cuando entró. No recuerdo bien las palabras que me dijo. Me preguntó cuántos años tenía... cuánto ganaba... si iba a la escuela... Después me dijo si quería emplearme con ella. Yo no sabía qué decir. Ahora no sé qué le contesté; creo que no le contesté nada sobre lo que me preguntaba. Me parece que le dije que le traía el paquete... Sí, porque abrió la caja y me dijo que bueno, y firmó la papeleta. Después yo iba a irme porque se hacía tarde, pero ella me hizo sentar otra vez... ¿No tiene gracia esto que le estoy contando?...

—Es muy interesante, seguí...

—... Me sirvió un licor; yo no lo quería, pero tuve que tomarlo. Para tomar el licor, yo me levanté, pero la señora me puso la mano en el hombro y me hizo sentar otra vez y ella se sentó a mi lado y me empezó a hablar, pero yo no recuerdo lo que me dijo porque yo pensaba en otras cosas. Yo no me daba cuenta de lo que quería ni tampoco lo que me decía ni tampoco lo que sucedía, porque yo pensaba en el jefe y que se me hacía tarde y tenía un poco de miedo... yo no sabía por qué... Pero tenía miedo... La señora, después, me ofreció un papel de diez pesos; yo no los quería, pero los tomé de golpe para acabar de una vez. Después... me dijo si quería besarla... y entonces yo me puse a llorar...

—¿Cuántos años tenés?

—Voy a cumplir dieciséis años, en marzo, el ocho de marzo.

—Caramba... Yo, a tu edad... Bueno... ¿No entendiste nada, entonces?

—No. Me dejó intrigado algún tiempo, pero después me fui olvidando.

—Bueno, es muy sencillo; esa mujer se había enamorado repentinamente de vos.

—¡Pero si yo podía ser su hijo!...

—Su nieto también. No le hace. Lo que a mí me

asombra es que no te hubieras dado cuenta enseguida.

—Y... era un chiquilín... Y ahora mismo, si usted no me explica, no hubiera sabido bien... Bueno, este... hablando de otra cosa... usted me prometió llevarme a una casa de esas... de mujeres...

—Sí, sí, mañana o pasado. Vamos a ir con Romeu. ¿Así que nunca estuviste con una mujer, solos... bueno: eso?

—Ya le dije que no.

—Bueno. Entonces yo le voy a decir a Romeu y vamos a ir. Te vamos a dar instrucciones por el camino.

Hacíame preguntas, si lógicas algunas, otras reveladoras de una sutil intuición o de una ingenuidad infantil. De repente, saltaba la chispa de una pregunta. ¿Ingenuo, o malicioso?

—A mí me va a querer alguna, porque yo no soy feo, no es por decir, ¿verdad? Fíjese; yo estoy bien formado, y no es por decir, pero soy lindo muchacho. Tengo un cutis fino. ¡Fíjese, toque, vea, toque, Lagos!...

Yo, francamente, tuve que reír. Me decía eso: toque, con tanta ingenuidad, que yo, sonriendo ante su insistencia, tuve que pasar las yemas de mis dedos por sus mejillas. Él sonrió y me miró dulcemente en los ojos, con inocencia, con confianza. Para que yo tocara otra vez su cutis, tuvo que inclinarse hacia mí.

—Les va a gustar a las chicas besarme...

Yo no sé qué relámpago cruzó mi mente. Movido por yo no sé qué resorte potente e inexplicable, le tiré de repente un puñetazo tan violento e inesperado, que Julito cayó al suelo.

—Tu vanidad es un insulto.

Se incorporó, sin gemir.

—Perdoname, Julito... Lo mejor es que sigamos trabajando. Subí a la escalera y seguí cantando.

En efecto; continuamos trabajando.

Pero, al día siguiente, pedimos individualmente al señor González que él fuese reemplazado.

LACARREGUY

Vestía con discreta elegancia. No era pintoresco como el finado Acuña, que siempre usaba botines de charol negro de caña de color detonante y chaleco blanco o de fantasía y corbatas rabiosas y aquel sombrero gris claro con la cinta negra precisamente para el violento efecto visual del contraste. No, no; Lacarreguy era discreto en todo: oscuros prefería los paños del traje; y el corte, ¡eso sí!, a la moda, y pulcro y perfecto. Nunca deshilachada la corbata; siempre relucientes los charoles, y altos y sin torcerse los tacos. Y las camisas, ¡eso también!, finas, a rayas de colores suaves.

Tampoco usaba gomina, y acaso por eso al atardecer estaba un poco revuelta e hinchada la oscura y espesa mata de sus cabellos, contrastando brusca-mente con la de Acuña, a toda hora reluciente como charol de botín.

Lacarreguy era alto, robusto; tenía el semblante empolvado de una palidez disimulada —o acaso acentuada— por el azulado perverso y ambiguo de la barba, que daba la impresión, a toda hora, de estar “recién hecha”. Si no hubiese existido un fulgor varonil y algo agrio dentro de las dos manchas negras de sus ojos, habríase pensado en un rostro afeminado viendo

esa leve curva de la mejilla levemente hinchada, y ese rojo de los labios rojos como pintados de rojo, y esa dentadura de reclame para dentífricos.

Caminaba y trabajaba y accionaba con naturalidad y un poco lentamente, con una seguridad que autenticaba lo que se decía de haber estado a punto una vez de ingresar en una compañía nacional para hacer papeles de galán joven y de traidor.

Ahora estaba en Cajas Centrales, arriba, donde se volcaba el dinero efectivo recogido abajo por las cajas que servían a los clientes para los pagos. Tenía a su cargo la caja 8, que recogía el dinero que se amontonaba en las diversas cajas pares de la planta baja correspondientes al servicio de las secciones Bonetería, Corsés, Menaje y Juguetería. A su lado trabajaba Mendizábal con la caja central 7, correspondiente a todos los departamentos de Hombres de la planta baja y a la sección Sastrería-Hombres del tercer piso.

Lacarreguy llegaba cuando ya todos los cajeros tenían abierta su correspondiente caja, pues era de los que aguardaban en la lechería de enfrente a que faltasen solo dos minutos para la exacta hora de entrada, a fin de llegar a clavar su número en el reloj sin demasiada anticipación.

—Buenos días.

O:

—Buenas tardes.

Las palabras del saludo eran débiles y las acompañaba con una sonrisa leve y pueril. Su saludo parecía una función mecánica.

De debajo del mostrador sacaba afuera el taburete. Pegaba un brinco y quedaba sentado. Tiraba de su cadenita y extraía del fondo del bolsillo un llavero tintineante. Abría primero la caja, el metálico aparato; después abría el cajón del mostrador de cuyo vientre levantaba largas planillas y apiladas boletas que distribuía sobre la mesa.

Y comenzaba el interminable juego; sumar, restar, anotar; sumar, restar, anotar; después, confrontaciones y pruebas; y más y más cuentas... ¡todo el día lo mismo!... De tiempo en tiempo le traían los cajeros de venta, fajos de dinero papel y pilas de níqueles con los correspondientes cupones, triplicados y planillas parciales. Lacarreguy contaba, controlaba, volvía segunda vez a contar, a asegurarse de la exactitud de los números, de las cifras escritas y del dinero contante. Anotaba en su “memorial” las cantidades recibidas; anotaba en su “libro de caja” las cantidades recibidas; anotaba las cantidades recibidas en la “planilla de entrega” que devolvía firmada al cajero; anotaba... ¡y así durante todo el día!...

Tres años, durante tres años venía realizando esta función simple, sencilla, reducida, repetida, renovada, igual una vez, otra vez y otra más, ayer, hoy, ahora... siempre...

De vez en cuando se realizaban balances y arqueos. Después de “aquellos” de Gallegos la vigilancia de los jefes y gerentes caía insolentemente sobre los cajeros, de modo imprevisto, grosero y agresivo. De repente, a lo mejor de la tarde, debían suspender su trabajo, así como estaba, interrumpirlo bruscamente y entregar todo —dinero, libros, planilla y llaves— a un interventor de Contaduría: Rosich, o Mulhall, o Flores.

Un rápido arqueo y control de caja.

Nada.

O si no:

—Saque esos paquetes. Vamos a contar este.

Además, había inspectores cuya vigilancia se alargaba tortuosa y felina hasta los rincones del hogar de los empleados. A Lacarreguy, los inspectores lo tenían fichado. Por Navidad corrió la voz de que lo iban a pasar a Corresponsales. ¿Cuál pudo ser el origen de tal rumor?

Lacarreguy era trabajador, inteligente, silencioso, constante. Gozaba de buen concepto en la Casa —es decir, en la gerencia de la Casa— muy principalmente porque realizaba su labor con eficacia y serenamente

y sin exteriores modos bruscos contra nadie. Aparentemente era disciplinado, dócil y sometido.

A las siete de la tarde tenía generalmente cerrados sus libros y su caja; tan solo aguardaba la última remesa para anotarla y cerrar, ¡por fin!, su diario.

Y a las ocho estaba en la calle, camino de su casa.

A veces, ¡claro!, una falla de caja, abajo, o un error en boletas, abajo (¡ese de Menaje, ese, siempre él!), le obligaban a permanecer hasta tarde de la noche buscando el escondido e invisible recoveco donde se había refugiado el error.

Había que cerrar el ejercicio diario sin ningún error en números; toda falla era menester enmendarla; un centavo de más o de menos era tan trascendental como un millón de pesos. Era el trabajo, allí, la aplicación de una teoría ideal. Los libros, las boletas, las planillas, los cupones, declaran unánime y solidariamente lo mismo; combinan entre sí con la precisión de las piezas de un reloj. Y la caja rubrica afirmativamente. Si la caja, tan fría, no coincide con tanto papel, la caja tiene razón, y en su tranquila terquedad insiste en acusar a los papeles. ¡Hay un error! ¡Hay un absurdo! ¡Hay un error! Hay que buscarlo, hay que encontrarlo, hay que dar con él.

¡El error! Es un trasgo perverso, dañino, malévol; es un gnomo inmaterial pero vivo y actual,

es un ser con voluntad y picardía, con inagotable picardía. Realiza constantemente unas largas burlas que despiertan y electrizan hasta al más perezoso de los nervios azuzándolo a una activa e inútil y repugnante labor cuando precisamente es la hora del descanso; como esos insectos tropicales que insisten sobre el cansado viajero a quien no dejan dormir exactamente en la hora de dormir. El error es un trago. Ríe silenciosamente, tan chiquito y tan sutil, y ríe delante de nuestros ojos y se pasea delante de nuestro afán de apresarlos, como la caza que se atreve a plantarse delante del doble caño de la escopeta segura de que el cazador va a errar inevitablemente. El error nos azuza; echa fósforos encendidos sobre nuestra paciencia consiguiendo a veces inflamar malas palabras y puñetazos. Cuando nos ve casi inactivos y decepcionados e inútiles, como juega la gata con la laucha, así juega el error con nosotros, y he aquí esos momentos en que creemos tenerlo ya al alcance seguro e inevitable de nuestra vista agudizada y, sin embargo, lo sentimos deslizarse y huir cínico y sarcástico dejando en nosotros esa suavidad epidérmica que deja la paloma que tuvimos en la mano mezclada con esa viscosa y escurridiza glicerina de una rana que insólitamente saltó de nuestra mano. ¡Lo teníamos preso, al error! ¡Y otra

vez las cosquillas y las risas del gnomo! Insistente, largo, perverso y... pueril.

¡Pueril!

A lo mejor, un error de centavos entreteníase largas horas con el pobre empleado.

Y una vez —era un sábado víspera de Carnaval— el trasgo invisible y real fue cruel e implacable como la misma muerte; a las doce de la noche está Lacarreguy todavía echado sobre las planillas buscando esa miserable diferencia de cuatro pesos, ese error surgido a las siete de la tarde y desde las siete de la tarde en continuada labor pícara de huir, huir, acercarse y huir.

El trasgo tenía una delicada predilección para salir de fiesta los lunes. Los lunes son los días más difíciles para los empleados; el día domingo el empleado ha estado libre y ha jugado y ha descansado y en todo el día no cargó la carga de las obligaciones de la oficina y se ha aproximado al estado ideal del hombre: un ser libre, o con evidencias o apariencias de libre. El lunes, inconscientemente, uno se deforma y como líquido se adapta y conforma a un modo violento de vida. Aunque apenas en pocos exista la comprensión inteligente de esta adaptación artificial y dura a una vida de trabajo y esclavitud, en casi todos, sin embargo, podría descubrirse, en el día lunes, una especie de instintiva rebeldía, pequeña o muy pequeña, o

más pequeña todavía, pero rebeldía, violencia contra algo, inquietud.

El error tenía por los lunes una delicada predilección para salir de fiesta entre las planillas y los números.

¡Y toda la tribu de gnomos barbudos y encapuchados se citaba a un aquelarre abundante en víctimas, para los días “especiales”!

En este comercio de mercaderías —especialmente géneros—, se eligen días y aun semanas y a veces quincenas para realizar maniobras de venta que tienen el nombre de “liquidaciones, jueves de blusas, la semana de las medias, el día de los corsés...”. Hay épocas de mayor venta y trabajo: principio y fin de estación, liquidaciones, etc., en que se multiplica la labor de los empleados, desgástase su energía, y el rendimiento económico va... a Londres...

Los empleados habían sufrido, atravesado y salvado ya la liquidación de verano durante la cual las conversaciones debieron amenguar o suprimir. Después, con la disminución de la labor, refloraba el diálogo.

Lacarreguy saltaba de su taburete y se aproximaba a Mendizábal.

—Anoche estuve en el Nacional. Una obra de Vacarezza. En fin... así... así... Siempre lo mismo...

—Yo prefiero verlo a Muiño. A mí me parece que es el mejor.

Pero algo adusto había en Lacarreguy que sepultaba los diálogos a poco de surgir. A veces dejaba a su compañero con las ideas a medio expresar. ¿Alguna preocupación?

—Algo le sucede a Lacarreguy —determinó Mendizábal.

Otra vez:

—Creo que me van a ascender. Me dijo el señor González que para diciembre, probablemente...

—¿Se va a tres veinte?

—¡Bah! Como si fueran cien. Lo mismo. La vida es muy cara. No se hace nada con menos de quinientos.

—¡Eh!...

Hizo Lacarreguy un gesto de hombros y volvió a su caja. Un gesto de conformidad y resignación.

Una tarde, muy avanzada, casi noche, Mendi encontró a Lacarreguy en la estación del subterráneo aguardando el tren, al que ambos subieron. Iban a Flores; Lacarreguy vivía en Flores; Mendi iba por un asunto personal.

Permanecían en un pasillo del primer coche. Estaban cansados. Nueve y diez horas diarias de

trabajo, inclinados sobre las cajas, contando dinero con cuatro ojos, con cien ojos, con todos los ojos de argos, les dejaban al fin con los párpados como pesadas cortinas de plomo, con las piernas pesadas como plomo, con todos los músculos como de plomo, pesados, tendiendo vehementemente a caerse en un acogedor lugar de descanso.

—Yo me hubiera ido a casa a cenar y enseguida a la cama. Pero tengo que ver a una persona en Flores. ¿Conoce usted la calle Merlo?

Las manos agarraban, como apoyo para mantener el equilibrio, las argollas de cuero que pendían del techo.

He aquí que a la altura del Congreso pudieron sentarse. ¡Qué bien se estaba sentado!

—¿En la calle Terry?

—Sí, con una hembra.

—Este... ¿linda?

—Me gusta. La conocí hace como tres años, casi casi... pero solo hace diez meses que vive conmigo. La conocí en Chez Maxim. Pero antes era cupletista. Se llama Consuelo. Ah, lo que le quería decir, que por eso los inspectores me vigilan y los jefes desconfían de mí. Seguramente han hecho investigaciones, han espiado la vida que hago y la vida de Consuelo y sacaron en conclusión que con mi sueldo no puedo sostenerme en el tren que llevo.

Y si no me dicen nada, es porque los desgraciados creen que ella changuea por ahí. ¡Infelices! Consuelo está acostumbrada a un lujo de reina, y me cuesta mi dinero eso, pero el dinero lo saco con mi firma, firmando documentos legales... Llegamos. Es decir, ¿dónde se baja usted? Ah, vea; tiene que bajarse al siete mil cuatrocientos.

Hablaban, todos los días. Diálogos cortos. O conversaban despaciosamente. Se ayudaban uno al otro en los recuentos de valores y en la verificación de sumas, pero especialmente en la búsqueda de diferencias.

Un sábado almorzaron en un restaurante barato frente al Mercado Central y luego fueron a casa de Lacarreguy en Flores.

Llegaron.

Era una modesta casita de seis piezas en la cual Lacarreguy alquilaba las dos últimas, las del fondo; que las cuatro restantes ocupábalas una familia italiana bastante ruidosa y pintoresca.

Dos piezas, cincuenta pesos. Un comedor y un dormitorio; la cocina adosada al muro trasero.

Allí vivía Lacarreguy con Consuelo.

Consuelo no estaba esa tarde en casa.

—Aquí me dejó este papel. Fue a visitar a una

tía, en Lomas. Salió esta mañana. De un momento a otro debe estar de vuelta.

Mostró a Mendi los muebles; después hizo jugar el mecanismo curioso de una pequeña cajita de metal destinada a guardar valores, pero sin depósito ahora. Le mostró la cocina y la batería.

Consuelo no llegaba.

Se sentaron en sendas sillas del comedor.

Lacarreguy se había empeñado con su hermano Francisco, con su cuñada Florinda, con su tío Aldo, hasta que un día concluyó un convenio con un judío de la calle Libertad. Descubrió ese día que le era más fácil y liviano y cómodo pedir directamente el dinero a los judíos usureros e implacables que a los parientes. Además, que los parientes ya no le daban más...

Claro que los intereses que los judíos alzaban eran crueles; y verdad que algunas conversaciones fueron agrias, pero con todo se encontraba siempre con el dinero que pidiera, y sin esa vaga vergüenza que recogía en sus pedidos a los parientes... Solo que... había que pagar, ahora. ¿Que cómo iba a pagar? "Dios proveerá", pensaba, echándose óleo de consuelo cada vez que firmaba esos tristes documentos a los usureros. Dios proveerá... Dios proveerá... Pero él quería tener su mujer, su casa, su hogar, suyo, de él. Para eso trabajaba como un animal durante ocho, y

nueve, y diez horas diarias, soldado con soldadura autógena a su caja 8. Todo él se daba a la oficina; daba a la oficina todo lo que exigía la oficina: tiempo, energía, alegría, libertad, todo. Y hasta la vida daba, pues era irse matando cumplir cotidianamente ese criminal horario de la insaciable oficina. ¿Qué recibía en vuelto, en cambio? ¿El sueldo? Sí, sí, pero quería que ese sueldo significase, para él, no la posibilidad de un próximo viaje a Europa ni la posibilidad de la adquisición de un chalet, ni nada más o menos premio, sino la actualidad viva de su amor a Consuelo; es decir, a cambio de alquilarse ocho o diez horas diarias a la Casa, él exigía el dinero mínimo necesario para pagar casa, comida, vestido.

Para eso trabajaba; para no deshacer el nido, se aferraba al empleo; mejor dicho: al sueldo. Trabajaba sin amor, pero empeñándose en no entregar a los jefes ocasiones de cargos o castigos; no buscaba el aplauso de los jefes, pero evitaba sus reprimendas y observaciones. Se aferraba al empleo, adhería al empleo con la adhesión integral de la corteza sobre la pulpa. Y entonces resultaba un buen empleado. ¡Cuántas veces, cuántas, con la yema de un dedo se oprimía un lugar del camino de los nervios de la cabeza, sugestionado de que así aplacaba esa pertinaz neuralgia tan rebelde a la aspirina! ¡Y cuántas veces salía

de Contaduría e iba a tomar café amargo y después se mojaba la cabeza y enseguida hacía unas cuantas flexiones, creyendo ahuyentar el cansancio y el sueño que le torcían y equivocaban su labor! ¡Cuántas veces iba a la oficina con apenas tres o cuatro horas de cama! Quería trabajar; y se alentaba pensando en el rápido, en el eléctrico apresuramiento de las horas; y trabajaba diluido él en el cansancio y el sueño; y hacía las cosas y se movía del modo como se hacen las cosas y se mueve uno cuando está en esa velada atmósfera de los sueños o las pesadillas.

¡Todo por Consuelo! Como el sueldo era escaso para el reducido presupuesto de su hogar, debió sacrificar muchos gastos. “No tengo vergüenza en decirle que dejé de fumar, por razones de economía”. Menos mal que Consuelo seguía...

—Consuelo no llega. ¿Quiere que haga café? Vamos a la cocina.

... seguía amándole; menos mal que, siendo como era una mujer de donde salió, permanecía gustosa con él, haciendo esa vida bastante dura de querida de un modesto empleado. Permaneciendo en Flores con él, Consuelo sacrificaba casi todos sus gustos, y por esto Lacarreguy le estaba cordialmente, cariñosamente reconocido. Su gratitud no tenía límites, porque había que saber quién era Consuelo y de

dónde había salido y cómo vivía antes. Consuelo era mujer frívola, sensual, amante exasperada de los placeres más intensos y fuertes y sucesivos. Conservaba de sus tiempos de cantadora un morboso y descubierto afán de luces, fiestas, gentíos, danzas, gritos, ruidos, cenas, alegrías nocturnas. Y trajes, y paseos, y hasta ruleta y cocaína. Todo la encendía y se inflamaba en ansias. Pero por él, por Lacarreguy, por amor a Lacarreguy, por “capricho sentimental” hacia Lacarreguy, había aceptado la mutilación de su vida. Y él la quería, también. Solo que... costaba todavía un poco caro... bastante caro... ¡Ah, ser honesto cuesta menos! ¡La virtud pura es más barata y más fácil y más cómoda y menos dolorosa! Era más fácil, barato y alegre un paseo de tres nutridas familias al campo un domingo de sol que una salida nocturna de Lacarreguy con Consuelo.

¡Doce pesos un par de medias de seda! ¡Doce pesos! ¡Ah, cómo deseaba haberla encontrado en una calle familiar de barrio familiar, en esos barrios de casitas bajas y chiquillos alborotadores —Boca, Barracas, Boedo, Parque de los Patricios—..., hija del almacenero de la esquina..., hija de un lancharo..., hija de un empleado de Mihanovich..., educada en la virtud doméstica de las familias humildes de los barrios porteños..., profesora de piano y solfeo...,

o de labores..., una de esas muchachas que hasta el propio traje de novia se hacen ellas mismas!...

Recordó haber tenido algunos amoríos allá por sus veinte años. ¡Qué muchachitas lindas, humildes aun las más coquetas, ingenuas aun las más maliciosas, buenas, buenas hasta las más inteligentes! ¡Rosita era maestra de escuela!... ¡Y qué cariñoso el cariño de esas muchachas!... Maternales todas, con una visible tendencia a abandonar prontamente los idilios para reposar en el amoroso trabajo del hogar propio, de los muebles del hogar, de los futuros hijos... Debió haberse casado con una de ellas, con Clotilde Cassinelli, por ejemplo. Su vida fuera otra ahora. Él fuera un modesto empleado de comercio que se casaba con una humilde burguesita de barrio pobre. Tendrían un hijo..., después otro. Los sábados por la noche irían al cine ¡tan familiar! que estaría en la calle principal del barrio —Montes de Oca, Cabildo, Almirante Brown, San Juan, Boedo...—. Los domingos irían a Palermo, con los chicos; o a la isla Maciel, con los chicos; o a Quilmes, de verano, claro. O pasarían el día en casa de los suegros... Ella haría la comida, lavaría la ropa, educaría a los hijos... ¡Hijos lindos y vivos en su hogar contento y sin inquietudes!...

¡Pero esta vida con Consuelo! Era artificial este hogar y no estaba asegurado, y temblaba como un

acróbata sobre la cuerda. Cualquier día este hogar se descompondría y desharía; y él tenía casi la exacta realidad visual del estado de la habitación el día en que Consuelo se fuese. Más de una vez, al no encontrarla en casa, sintió, como suceso exacto y verdadero y definitivo, lo que no era sino temor. ¡Ah, sí, era inútil engañarse! Sí, sí, ella se iría una noche... y él quedaría triste, burlado, herido, grotesco... ¡Qué triste!... Y bueno; él la quería. Todas las mujeres del mundo, todas, eran para él completamente indiferentes. ¿Qué le iba a hacer? La amaba con alma y vida. La hubiese querido... de otra condición; así como las muchachas de que antes hablaba, pero a Consuelo la encontró como es y así tiene que quererla: con todo lo que le gusta y con todo lo que le desagrada. ¡El lujo!... Y, bueno, aguantaría hasta lo último, soportaría lo que fuese necesario soportar, sacrificaría lo que tuviese, pero, en cambio, una única cosa pedía a la vida, al Destino, a Dios: ¡que estuviese lejos, lejos, el día en que ella debía irse!...

Mendi los vio una noche en el vestíbulo de un teatro nacional. Ella estaba vestida de suntuoso modo y finas telas; era morena, de ojos alegres. No pudo Mendi recoger una nítida impresión de la belleza de

Consuelo, absorbida su vista por el traje rico, elegante, costoso... Mendi estuvo intrigado. Una de dos: o ella obtenía el dinero, y ¡malo!, o lo conseguía él, y ¡peor!

En la oficina, Lacarreguy realizaba una conducta, para Mendi, equívoca, sospechosa. Parecía siempre que alguien le perseguía, por el modo que tenía de caminar, de trabajar, de responder. Tenía insólitos aunque ligeros sobresaltos. De repente se daba vuelta hacia Mendi, inclinaba el cuerpo para alargar la cabeza y miraba a su compañero, a quien enviaba su voz:

—¿Qué decía? ¿Me hablaba?

—¿Yo? No. Estaba sumando en voz alta.

Desde hacía unos meses, Lacarreguy no tan solo no había faltado un día siquiera, sino que nunca llegaba tarde ni se retiraba indispuerto. La mala sospecha de Mendi obligaba a interpretar esta conducta tan normal, tan excesivamente normal, como interesada y meditada. Seguramente —pensaba Mendi—, Lacarreguy no quiere ofrecer la ocasión de que otro empleado toque sus libros y lea sus papeles; por eso ni falta ni llega tarde ni se retira enfermo.

Sin embargo, arqueos realizados en dos ocasiones demostraron cuentas claras y orden normal.

Pasaban los días; Lacarreguy persistía huraño y misterioso, y Mendi no deshacía su mala sospecha de un desfalco de su compañero, a quien observaba

con cierto embarazoso afecto, con una mezcla de simpatía y miedo. Si hubieran sido amigos íntimos, habríale hablado claramente; pero solo eran amigos... y todavía se trataban de usted. Él lo quería, verdad; pero era Lacarreguy quien evitaba la gran intimidad con su manera de ser tan serio, un poco retraído... Él lo apreció sinceramente desde aquel día, aquella tarde en que estuvieron ambos en la casa de Lacarreguy; aquella tarde en que, esperando a Consuelo, Lacarreguy le contara cosas de su vida y se lamentara del destino suyo que le hizo enamorarse de una mujer así, como Consuelo, en vez de presentarle ocasión de casarse, por fin, con una linda muchachita honesta...

Sí, Mendi continuaba sospechando... y observaba a su compañero. Llegaba siempre correcto, elegante, afeitado.

—Buenas...

—Buenas...

Mendi observaba sus gestos. “Hace, tranquilamente, lo de siempre —observaba Mendi—. Cuelga el sombrero en la percha; se acerca a su lugar. Buenas. Buenas. Trae fuera del mostrador el taburete de asiento; tira de la cadena del llavero y extrae del bolsillo del pantalón el tintineante llavero; corre la mano por el cordón metálico hasta el grueso de las llaves, las levanta, elige una, que introduce en la cerradura de

la caja, ¡trac!, el resorte de la caja juega con su ruido y con el golpe de timbre, haciendo correr fuera de su nicho al cajoncito; ahora levanta la tapa, arregla las teclas numeradas en el carretel; ahora el cajón; elige otra llave y abre el cajón del mostrador, que avanza hasta casi golpear contra su vientre; levanta papeles que ordena sobre el mostrador; pega un rápido saltito y ya está sentado sobre el taburete. Levanta del cajón más cosas: papeles, boletas, lapicera, lápiz, un block de cuentas, tinta, broches, secante, mojadador”.

Mendi observaba todos los días estas maniobras sin descubrir un gesto definitivamente acusador. Los diálogos entre ambos tampoco aclaraban la duda persistente de Mendi.

Una tarde:

—Lacarreguy, hoy tengo que ir a Flores.

—Vamos juntos. ¿A la salida, esta noche, es?

—Sí.

A la salida, caminaban hacia la estación del subterráneo.

—¿Y Consuelo?

—Ahí esta...

Llegaron; aguardaron; subieron al coche y por fortuna pudieron sentarse para hacer el viaje. En la estación Salta encontraron dos lindas muchachas. Sonreían y miraban con gula los asientos, como invitando y

azuzando el gesto galante de la cesión de los asientos. ¡Ah, no, no! Acaso ellas vuelven de un paseo tranquilo y amable; acaso estuvieron apenas dos horas por las calles. Un empleado, un oficinista, cuando regresa a su casa, está cansado, definitivamente cansado, enfermo de cansancio, todo hecho de cansancio; músculos, nervios, sentidos, funciones, todo gastado, pesado, cansado...

Lacarreguy se abismó en silencio.

—¿Me oye?

—¿Qué decía? Disculpe, estoy nervioso con un asunto... un vencimiento que se me cae encima... Tengo que ver a un doctor Rojo, un usurero gerente o patrón o qué sé yo de un banquito legal y tramposo de comisiones variadas...

—Pero cada vez usted se embarra más...

—¿Y qué le voy a hacer? De cualquier manera hay que salir de apuros.

—¿Hasta cuánto está metido?

—No sé. No lo sé. Es decir: no quiero saberlo. Un montón de pesos. Como tres mil.

—¡Qué bárbaro! ¿Y cómo llegó a tanto? ¿Y cómo va a salir de eso?

—No sé.

Mendi sintió dentro de sí algo como un golpe material. Acaso era ese espectáculo íntimo de la transformación insólita de una sospecha en realidad.

—Vea, Lacarreguy, ¿quiere que le diga la verdad?

Mendi acababa de imaginar una treta para hacerle confesar a su amigo. Pero era demasiado sincero en ese momento para seguir una estrategia fría y calculada y, probablemente debido a su simpatía hacia el compañero, se dejó caer en la esperanza última de que no fuese verdad, no, el desfalco. Era, en realidad, el postrer esfuerzo de los hombres por negarse a ver el mal; era la disposición humana al amor...

Y Mendi hablaba, ya convencido de que Lacarreguy había robado; o ya temeroso de que le confesase el robo, o ya ilusionado de que no había robo.

—Vea, Lacarreguy, no haga macanas. Vea que eso se paga caro. Usted tiene a su vieja; no le vaya a dar un disgusto... Yo, para decirle con franqueza mi opinión, no creo que ciertas cosas son... sean... como nos dicen que son... Por ejemplo: yo no le sacaría un centavo a un pobre o, en fin, a una persona que sufriría si perdiese lo que yo le sacaría. Pero hay cosas que no sufren, como el gobierno, las empresas, los ricos; bueno, yo a estos sí, si pudiese, les sacaría el dinero que yo necesito, que yo merezco, al que tengo derecho, porque en realidad no hago daño... y me cobro mi parte. Pero ahora hay una cosa: no se trata de estúpida moral ni de estúpido remordimiento, sino de algo más serio. Vamos a ver: uno conseguiría la independencia económica con hacer

algo, o conseguiría resolver algunos problemas suyos; entonces se dispone a hacer eso. Bueno, pero, ¡siempre que sea así! ¡Y no que resulte después que uno pierde todo, todo completamente, honor y libertad, porque salió mal la cosa! No, Lacarreguy, no. Se trata de pagar caro, carísimo, eso.

Lacarreguy escuchaba, silencioso y abstraído, y hasta ausente por momentos. Mendi aproximaba la cabeza cerca de su compañero para no dejarse oír de los pasajeros y seguía explicando en forma sencilla su cínica teoría.

Insólitamente, como si se oyese de repente la sonoridad de un disparo en el silencio de un templo, dice Lacarreguy:

—Dígame la verdad: ¿qué cree usted de mí?

—¡Hombre! —dice en su estupor Mendi.

—Pero no; no me diga nada. Yo mismo se lo diré. Yo le voy a decir todo. Atienda mi situación. Debo a varios parientes míos mil doscientos pesos. Mil doscientos. Entre cinco usureros, debo mil quinientos.

—¡Qué bárbaro!

—... Mil quinientos. Mil doscientos y mil quinientos son dos mil setecientos. Ahora bien: el jueves pasado, para atender un vencimiento y pagar al doctor Rojo... saqué de la caja...

—¡Lacarreguy!

Y Mendi realizó un gesto cariñoso, colocando su brazo derecho en los hombros de su compañero.

—... ochocientos pesos.

—¡Pero se ensució por una porquería!

—Salgamos.

Se levantaron, salieron del coche y ganaron la vereda. Caminaban lentamente, hablando en voz queda, por la franja de vereda entre la calzada y los intermitentes árboles.

—El jueves mismo, cubrí. Eran setecientos pesos.

Caminaban lentamente por Rivadavia. El aire se adensaba en oscuridad. Los comercios encendían sus focos eléctricos, que volvían a aclarar el pedazo circundante.

Ahora era Mendi el que callaba, pues sabía que iba a oír detalles nuevos y angustiosos.

—Yo pensé: ¿cómo voy a reponer estos ochocientos pesos en la caja? ¿De dónde los saco? Debía haber pensado más, y mejor, antes de sacarlos. Pero... en fin... Bueno; yo me decía: pasará un día, dos, diez... Pero un día se iba a descubrir. Y por esa porquería de ochocientos pesos me iban a meter en la cárcel. Le juro que busqué dinero afanosamente, pero no conseguí. Además, mi situación no podía prolongarse más. Antes, todo mi sueldo, y el dinero que conseguía, me lo gastaba con Consuelo. Hoy, con el sueldo, casi no alcanzo a pagar los intereses de mis deudas. ¡Esto es

terrible! ¡Esto no podía seguir! Usted no se da cuenta de eso de cobrar el sueldo... después de trabajar treinta días como un bruto..., cobrar el sueldo... para los usureros... Desesperado completamente, le di a la cosa un corte definitivo. ¡Qué joder, también!...

—¡Eh!...

—... Hoy saqué tres mil pesos de la caja. Eso es todo. ¡Estoy cansado!

—Pero... vea... este...

—¿Qué iba a hacer? Ahora... Me voy con Consuelo. No sé. A Montevideo.

Aunque sin alegría, claro, Mendi creyó anticipar su interpretación con una carcajada, al descubrir, después de la triste impresión inmediata, una solución feliz al asunto.

—Usted se ahoga en un vaso de agua. Pero, ante todo, ¿dónde tiene ahora usted esos tres mil pesos?

—Aquí.

—¡Pero todo está salvado, hombre!... ¡Pero no, hombre, no! ¡Las cosas hay que hacerlas bien o no hacerlas! Sobre todo, no hacerlas como sonsos. No se hacen así las cosas. Menos mal que esto puede arreglarse, que si no... iba usted a pagar esto terriblemente. Vamos a ver. Perdóneme que le diga: esto es estúpido. Es como si un vendedor le dice a usted: “esta camisa vale diez pesos”, y usted contesta: “¿me la deja por quince?”.

Seguían caminando por Rivadavia.

Mendi tenía apretado un brazo de su amigo y al hablarle se inclinaba hacia él. Lacarreguy caminaba con la vista vidriosa, dispersa, sin llegar a aclararse en las cosas del suelo.

Doblaron, hacia el sud.

—Vea, Lacarreguy, hágame caso a mí y no se pierda todo, y para siempre, por una macana. Y, sobre todo, no se pierda de esta manera tan sonsa. Hay una solución. Vea... Primero, hay que evitar la cárcel. ¿No es así? Bueno; para evitar la cárcel, hay que reponer en la caja los ochocientos pesos que sacó el jueves y los tres mil que sacó hoy y que ahora los tiene ahí. Entonces, tres mil ya están. Son esos que tiene en el bolsillo. Démelos a mí, Lacarreguy, hágame el favor, démelos. Bueno... este... Bueno; ahora se trata nada más que de ochocientos pesos y estamos del otro lado. Ochocientos pesos. Hay que conseguirlos. Hay que sacarlos de debajo de la tierra. Los parientes... ¿imposible por ese lado?... Perfectamente... Recurriremos a los usureros. ¡No hay vuelta, Lacarreguy! Yo le ayudo con mi firma. Firmaremos cualquier cosa. Se ha metido en un mal barro; hay que salir; saldrá con algunos perjuicios, pero se habrá evitado la cárcel... y el disgusto a su vieja. Bueno; entre usted y yo, firmas solidarias, esos

ochocientos pesos los conseguiremos de a puchitos, cien aquí, doscientos en otro lado... Ochocientos pesos se sacan. Ahora bien; ¿qué puede suceder con los usureros? Usted no va a poder pagarles. Perfectamente; usted no paga. Empezarán a caer los vencimientos. Usted no paga. ¿Qué va a pagar si no puede? Usted no paga. Y, claro, le embargan...

—A lo mejor, el empleo...

—Sí, hay peligro de perder el empleo...

—Entonces, ¿y Consuelo?

—Pero supongamos que usted pierde el empleo. Es preferible que pierda el empleo, y no pagar un centavo, antes que matarse todo el mes en la oficina trabajando para los judíos usureros. Bueno; usted está sin empleo, está en la calle, ¡fíjese bien: en la calle, no en la cárcel!

—¿Y Consuelo?

—Claro, que...

Hablando, llegaron a la puerta de la casa. Detuviéronse allí. Mendi repetía ya sus expuestos argumentos y su ya aceptado plan. Pero suceso tan trascendental en la vida de tan humildes empleados era imposible reducirlo a una conversación desde la estación del subterráneo hasta la casa de Lacarreguy. Mendi sentía la necesidad de continuar con nuevos razonamientos y meditaciones y conversaciones, aunque, en verdad,

todo lo fundamental habíase dicho, propuesto, discutido y aceptado.

Lacarreguy abría la puerta de calle.

—Vea, Lacarreguy, entremos en su casa; sí, eso es; usted cena...

—No tengo ganas...

—Después usted le dice a Consuelo que tiene algo que hacer conmigo... Yo lo espero en "La Brasileña", frente a la plaza de Flores, y seguiremos charlando. ¡Venga, eh!...

Lacarreguy cerró la puerta de calle, pasó el corredor y entró en la primera de sus habitaciones, la que servía de comedor y sala.

¡Qué extraño que no estaba tendido el mantel en la mesa!

—¡Consuelo!...

Ni siquiera, sobre el rojo terciopelo de la carpeta de la mesa, abiertas ni cerradas, las revistas españolas que ayer comprara Consuelo.

—¡Consuelo!...

Nunca, en tres años de vida en común, en tres años, dejó Consuelo de avisar sus ausencias...

—¡Consuelo!...

Nunca dejó de avisar... siempre dejaba una cartita, un papelito...

—¡Consuelo, Consuelo!...

La fuerza de lo involuntario

por Sebastián Scolnik

Uno de los aspectos más misteriosos de la existencia es el modo en que nuestras vidas se adhieren a ciertas rutinas. Solemos someternos a un conjunto de regularidades, cuya eficacia se verifica en la capacidad que tienen para moldear nuestras conductas, sujetándonos a aquellas de manera casi imperceptible, sin que su sentido se manifieste como una evidencia clara. La filosofía ha pensado la persistencia de estos hábitos como lo propiamente humano: la construcción de ciertos artificios que permiten guiar al individuo y a los grandes conglomerados sociales frente a la incertidumbre. Si lo propio del animal es el instinto, aquello que le proporciona la orientación en el mundo, lo específicamente humano es la institución de hábitos: la repetición de gestos y lenguajes que garantizan nuestra reproducción genérica y que solo se ven problematizados ante la inesperada presencia de una crisis que desnuda su carácter artificial y precario.

El capitalismo, en su pasaje del taylorismo al fordismo, se ha servido de esta propensión a la costumbre.

Toda una economía de actitudes y esfuerzos, un cierto tipo de habla y una moral, ligados al apego a la norma y a la reiteración, fueron el rasgo saliente de su despliegue y acumulación. El *continuum* del ordenamiento disciplinario que le servía de soporte, y que según Michel Foucault iba de la escuela al ejército y de este a la fábrica, se verificaba en esta relación entre conducta y regla, entre hábito y desobediencia, para rehacer el cuerpo colectivo bajo el imperativo de la normalización.

Así fue, al menos, hasta que las revueltas de fines de los sesenta y principios de los setenta quebraron o pusieron en entredicho la certidumbre de este diagrama. El llamado posfordismo, que marcó la siguiente fase de la producción social bajo la hegemonía del capital financiero, habló otra lengua que la de la disciplina. Aun si lo hacía para ocultar su persistencia ligada a técnicas de gobierno consistentes en suscitar cierto tipo de libertad para controlar sus efectos, morigerando la represión directa y explícita de las resistencias que surgen a su ordenamiento jerárquico.

Pero lo sabemos bien: ni el capitalismo que apela a la innovación permanente —utopía máxima de un alquimismo que retumba en las técnicas del *coaching*, apelando a fórmulas sagradas como “salir de la zona de confort” o “hacerse a sí mismo”— prescinde de

la recurrencia y la monotonía, ni la vida reiterativa y rutinaria deja de ser acechada por su inesperado y silencioso contradictor: el evento inesperado, error o fuga que, cuando aparece, irreverente e impredecible, desestabiliza el andamiaje completo del hábito, impidiendo su perfecta consumación.

Obsesión y destino

El señor Orgaz vivía en San Ignacio, paraje que había sido subcapital del Imperio jesuita, en la provincia de Misiones. En un sitio remoto había construido su casa, donde además funcionaba el Registro Civil. Su tarea consistía en llevar los libros de actas de nacimientos, casamientos, defunciones y todos los trámites inherentes a la condición cívica de los habitantes del lugar. Debía certificar, frente a la presencia de testigos, cada acto emanado de los asuntos en cuestión y registrarlo en esos libros que contenían la historia jurídica de los pobladores de la zona.

Pero al protagonista de este relato, imaginado por Horacio Quiroga, no le importaba mucho su trabajo. Más bien lo ejercía a desgano, sin ningún tipo de predisposición entusiasta que involucrara algo de su propia afectividad en el acto laboral. Era, lo que

comúnmente se dice, un acto administrativo y formal, vacío. Regenteaba un par de moradores cercanos y los hacía testigos de esas diligencias.

De hecho, el personaje notarial no tenía intenciones de desperdigar sus esfuerzos en las obligaciones que le demandaba su función. Y no por vagancia, sino esencialmente porque su obsesión estaba centrada en un problema de índole mayor, más relevante y crucial: las goteras del techo. Había hecho su techo con tablillas de incienso mal estacionado, que se hinchaban con la persistente humedad de la zona, y no podía evitar que las recurrentes lluvias desplazaran las goteras de un lugar a otro de la casa, obligándolo a seguir la deriva de las precipitaciones y a correr muebles, objetos y papelería de sus lugares habituales hacia aquellos rincones que estuvieran a salvo. El agua iba dictando el ritmo de las cosas, guiando las rutinas y presidiendo la atención del responsable del Registro Civil, el señor Orgaz, quien aspiraba también a ocupar el cargo de juez de Paz que había quedado recientemente vacante.

Probó durante dos años con distintos materiales para subsanar el pecado de origen en la construcción de su techo: cañas de bambú, cuerdas, alquitrán, entre otras cosas, buscando remedar el mal. Las cuestiones administrativas quedaban relegadas bajo el imperio

de la necesidad de conquistar, por fin, la utopía hidrífuga que lo salvara para siempre de la crueldad de una naturaleza ensañada que le quitaba el sueño.

Ordaz se repartía y desdoblaba en esas tareas, volviéndose un especialista en fenómenos climáticos y un autodidacta experimentador con materiales diversos. Hasta que un día su rutina se vio alterada por un signo que le vino del exterior. Una visita inesperada, la del inspector de Justicia que venía a certificar el trabajo del Registro Civil y a estudiar la factibilidad de su futuro cargo como juez de Paz, desplomó la interioridad circular que se había tejido alrededor su cotidiano transcurrir. El visitante solicitó los libros de actas para examinar la prolijidad de los asientos administrativos y la idoneidad de su responsable, y descubrió, sin más, que los libros de los últimos años estaban vacíos y las actas sin pasar. También percibió la coincidencia en los testigos que, llamativamente, tenían todos la misma edad. El inspector instó a Ordaz a copiar todas las actas prolijamente en los libros, emplazándolo a entregarlos en tres días, la noche del sábado, a las diez de la noche, en la ciudad de Posadas.

De repente, la calma del mundo se vino abajo. El destino seguro y apacible, solo perturbado por las inconsistencias arquitectónicas, comenzó a derrumbarse. Su vida entraba en una zona incierta bajo el

apremio y la amenaza de que su sustento pendía de un hilo. Trabajó a destajo, día y noche, para llegar a cumplir lo pactado, en compañía de un joven colaborador, el polaquito, que dictaba los contenidos que el presuroso copista, Ordaz, debía replicar sobre las páginas blancas de sus libros de actas.

Al finalizar la tarea, el escribiente debía realizar otra proeza extraordinaria: llevar esos libros al inspector en un viaje hacia Posadas, en medio de otra incidencia climática. Las severas tormentas impedían atravesar en balsa los ríos, así que, envolviendo entre sus ropas los cuadernos para evitar su destrucción, decidió remontar el Paraná en canoa, remando desafortadamente para llegar a término. Al acecho burocrático debía agregársele la desmesura de una naturaleza impiadosa, las dos dimensiones del padecimiento de Ordaz.

Pero esta travesía reveló un final inesperado: ante la sorpresa del inspector de Justicia al verlo todo embarrado, Ordaz ingresó a la habitación del hotel y presentó el trabajo realizado. Los libros ya estaban “en forma”, lo que desató la carcajada del inspector y la incomprensión de su interlocutor. Esa orden, emitida con la firmeza de un trueno, no era más que una ocurrencia, un sinsentido que ya había sido olvidado por quien la había emitido, que remató la

escena diciendo: “¡Para qué se tomó ese trabajo!”. Si, al fin de cuentas, había sido solo un decir.

Si el absurdo envuelve nuestra experiencia, recubriéndola con artimañas retóricas, procedimientos vacíos e inercias fútiles, esa verdad, revelada con la claridad de un rayo, nos deja en estado de perplejidad. Pues, al preguntarnos por el fundamento de unas órdenes insustanciales, no hay chance de evitar la otra pregunta, más íntima y decisiva: la interrogación por la naturaleza de nuestra obediencia.

Anonimato y error

Los cuentos de la oficina de Roberto Mariani nos aproximan a circunstancias trágicas en las que el éxito del plan de vida o su reverso, el fracaso, se proponen igualmente dramáticos. Seguir rigurosamente los pasos, ejercitando minuciosamente la disciplina y lo que de uno se requiere en cada instancia, es el modo más aplicado de construir un destino, previsible y desdichado, pero destino al fin. Ser testigo del propio envejecimiento, conquistar una jubilación magra pero apacible y transitar la vida sin sobresaltos hacia una muerte cronológica y calendaria es el proyecto planteado en “Balada de la oficina”.

Tal vez ese ademán acomodaticio se vea amenazado en el caso “Santana”. No por algún rictus libertario que pudiese escapar a lo esperable de su conducta, sino porque un error accidental (la falla en un asiento contable que desbarajusta la situación financiera de “la Casa”) pone en riesgo el destino planificado. Santana es el nombre de lo involuntario, de una fatalidad que nubla el horizonte y deshace el sentido. La culpa, la sanción moral y la reparación material del daño nos dan la medida de la gravedad de la situación en la que la maquinaria burocrática y serial detiene su marcha por la presencia inesperada del error. La compensación por este infortunio, aparentemente azaroso, será la rebaja salarial para reparar las pérdidas y, de ese modo, reponer el finalismo extraviado.

¿Quién era Santana? El hombre anónimo, la víctima casual de un error que vino a alojarse en su ínfimo universo laboral. Justo él, cuyo mérito era pasar inadvertido, esconderse detrás de una eficacia repetitiva y naturalizada. Era una pieza irremplazable en la función porque él mismo era la función: era el modelo, el tipo ideal y el archivo vivo de la oficina. Conocía al detalle los procedimientos y la situación de los clientes. Reconocía espontáneamente sus gestos, los tonos de sus voces. Su memoria visual permitía recordar con exactitud la grafía de sus firmas, y podía

recitar cada número de expediente sin recurrir a ficheros. No era él quien hablaba, sino que era hablado por la lengua burocrática que emergía de sus libros contables y encarnaba en este don nadie, figura neutra y gris de la administración.

El error no solo provocaba una fuga en el sistema sino un colapso en la vida personal del agente a través del cual se filtró. Doce años de planificada carrera en suspenso. Toda una hazaña de oficinista en la que nunca había excepción. Una mismidad de la rutina en la que cualquier variación, un traslado al escritorio contiguo o una tarea que se modificara levemente, requería aprenderlo todo de nuevo. Santana era su parcela, el custodio de un fragmento que un día, involuntariamente, se rebeló poniendo en jaque a la totalidad.

Parecida era la situación de Lacarreguy, el empleado de las cajas centrales de una importante tienda de ramos. Tan sistemáticamente repetitivas eran sus jornadas que había mecanizado hasta el saludo (“sonrisa leve y pueril acompañada por palabras débiles”). En su caso, a diferencia de Santana, el error lo visitaba con frecuencia. Descubrir el secreto recoveco donde moraba era parte de su tarea, aun si debía quedarse fuera de hora para consumir el hallazgo de esa anomalía sutil y sigilosa que perturbaba el normal desenvolvimiento

de la oficina. La satisfacción por el hallazgo era parte del premio cotidiano. Pero cuando ya creía que lo había atrapado, el error huía con una risa sarcástica hacia nuevos recodos. Así pues, la dura tarea del oficinista, pertrechado en su escritorio a la espera de una nueva intervención que salvara el conjunto del sistema, requería de extremo cuidado y atención.

Pero a veces, el trabajador adherido al empleo, aferrado con fruición a su tarea, tiene también una vida secreta. Un afuera enigmático de su jornada que ofrece una vida paralela y nocturna. El minucioso cajero, riguroso en las cuentas, se desliza hacia zonas impredecibles entregándose a ciertos placeres descomedidos que lo pueden llevar al endeudamiento y la bancarrota. La ruina es la discreta amenaza latente que viaja en el error.

El caso “Riverita” difiere en cierto modo de los anteriores. No porque no fabulara una vida paralela a la de oficinista, donde el goce sexual era pregunta, desafío y estigma, sino porque, como su ocasional jefe, el señor Lagos, Riverita desarrollaba un cierto tipo de apego al trabajo en el que el arte de la simulación, ironía sutil y refinada, era estrategia y destino. El joven Riverita no buscaba ascensos ni diferencias en su situación laboral. No quería sacarse el delantal, ese uniforme gris que

lo degradaba hacia los estamentos más bajos de la escala de trabajadores. No tenía apetito ni voluntad de escalar. Quería pasar desapercibido actuando un rol que estaba por debajo de sus cualidades y de su inteligencia. Su deseo era ser nadie, volverse imperceptible. Solo en los pliegues de esa lenta rutina oficinesca, reiterativa y sórdida, se traslucirán sus fantasías y elucubraciones, tejidas en el reverso de su rudimentaria labor estandarizada.

La selva y la oficina

Quiroga escribe impresionado por las fuerzas de la naturaleza y bajo la sospecha de que algo inmenso, extraordinario y enigmático trasciende y desborda al hombre, criatura frágil y solitaria que deambula por el cosmos. Escribe desde las lejanías de la selva misionera, a la que consagró su vida y su emoción alucinada, describiendo esos remotos parajes pueblerinos bajo la sospecha de que en los bordes de sus misterios es posible hallar un sentido. Su escritura prolonga su propia experiencia confrontada con esa energía insondable que lo anima y lo desvela.

Si bien Mariani hizo sus primeros pasos como periodista en la provincia de Mendoza, luego de un

breve tránsito como trabajador ferroviario, la experiencia que más lo marcó fue la de empleado bancario; agobiado por cierta asfixia laboral, frecuentaba los grupos intelectuales más relevantes de la ciudad, participando de sus querellas estéticas y políticas.

Quiroga era amigo de Lugones y Mariani no soportaba el “lugonismo” a ultranza del ambiente de las letras porteñas. Quiroga era cosmopolita, aunque solía escapar de la ciudad y era refractario a esos cenáculos. Las diferencias de situación, contexto y sensibilidad no empañan el tema fundamental que reúne a estos notables escritores: una cierta pulsión vitalista, tal vez heredera de un incipiente tono anarquista que tiñó sus momentos iniciales, que se proponía enfrentar la crueldad del mundo, su lenguaje vacío y sus mecanismos de sujeción, con una letra fina, detallista hasta la obsesión y que permitía traslucir una picardía socarrona al advertir el lado absurdo de las cosas.

Regla y experiencia

La literatura siempre fue el campo más prolífero y agudo para expresar lo intolerable del mundo. La burocratización de la experiencia, la vacuidad

de existencias concebidas como engranajes maqui-
nicos de grandes conjuntos abstractos, el trajinar
de un mundo deshumanizado y la desdicha co-
lectiva. Frente a la arbitrariedad del poder laboral
siempre hubo estrategias de resistencia: la ironía,
fuerza demoledora de todo saber cristalizado; la
abstención, potencia que retiene la voluntad sin
afirmar ni negar el cumplimiento de la orden (el
ejemplo de *Bartleby* de Melville); la simulación,
cuya eficacia se mide en la capacidad de hurtar la
propia afectividad de la materia laboral actuando
un rol en el que no se cree y, finalmente, la redun-
dancia, cuya mimetización con la lengua inerte y
el gesto inútil pone en jaque la naturaleza misma
de la dominación.

Arrojados a un mundo descarnado, los habitan-
tes del árido desierto murmuran, piensan y tejen
imaginando que ha llegado la hora de reencontrar
las palabras y las cosas. De profanar la sacralidad
de las sentencias, tan severas como vacuas, que
organizan nuestras vidas, para restituir los enuncia-
dos a la materialidad del mundo. Tal vez debamos
aprender de los niños, dijo alguna vez el filósofo
Paolo Virno, para rehacer la relación entre regla y
experiencia, revirtiendo toda norma que no parta
de la vida real, de sus ensoñaciones y necesidades.

Fatigados de una resistencia pasiva, lúcida y sensible pero incapaz de afirmar otra relación entre la producción, el tiempo y la existencia, nos vemos compelidos, a partir de la escritura de Horacio Quiroga y Roberto Mariani, a liberar el trabajo y el goce de sus formas repetitivas que apagan el fuego sagrado de la creación dejándonos impávidos frente al dramático acto de vivir.

Las diferencias de situación, contexto y sensibilidad no empañan el tema fundamental que reúne a estos notables escritores: una cierta pulsión vitalista que se propone enfrentar la crueldad del mundo, su lenguaje vacío y sus mecanismos de sujeción. Frente a la arbitrariedad del poder laboral siempre hubo estrategias de resistencia: la ironía, la abstención, la simulación y la redundancia son modos ambiguos de la obediencia. "El techo de incienso" de Horacio Quiroga y los *Cuentos de la oficina* de Roberto Mariani nos ofrecen un testimonio extraordinario, de una escritura fina, detallista hasta la obsesión, que permite traslucir una picardía socarrona cuando advierte el lado absurdo de las cosas.

